La Ilustración Artística

AÑO XI — BARCELONA 19 DE SEPTIEMBRE DE 1892 — NÚM. 560



Monumento á Guillermo Tell, según el proyecto de Ricardo Kissling

CRÓNICA DE ARTE

«Las cosas de Palacio van despacio:» el reglamento fijaba la fecha de la inauguración de la Exposición de Bellas Artes del 10 al 15 de septiembre actual, y para recibir las obras, así de artistas extranjeros como nacionales, del 15 al 25 de agosto.

– Disparate se llama ese acuerdo, hubo de decirle alguien al actual ministro de Fomento. Disparate doble. Ni en diez días están entregadas las obras de nuestros artistas, ni una sola de los extranjeros. Ni á mediados de septiembre está la regente en Madrid para inaugurar el certamen, ni hay en la corte más allá de cuatro personas y media para esa época.

– De todo cuanto usted me dice estoy al cabo hace rato, contesta el Sr. Linares Rivas. Mi antecesor lo dejó así dispuesto, y yo no quisiera deshacer su obra. Sin embargo, puede usted asegurar que el plazo de admisión se prorrogará hasta el 10 de septiembre: es decir, medio mes.

En efecto, se dió la noticia. Pero cátate que *El Círculo de Bellas Artes*, que viene hace algunos días con tanto afán velando por los intereses de los artistas, á pesar de que la noticia llevaba la coleta de *así nos lo manifestó el Sr. Linares Rivas*, se apresura á lanzar la confusión en los talleres, poniendo un papelito pegado á la puerta de su domicilio (del domicilio de la sociedad), en el cual se negaba la veracidad de la noticia.

De nuevo el interlocutor del ministro, acosado por docenas de cartas de pintores y escultores que no sabían á qué atenerse, y que le demandaban algo cierto para poder terminar más ó menos rápidamente sus cuadros y esculturas, según cuando finalizase el plazo famoso, vuelve á decir desde la prensa diaria que hasta el citado 10 de septiembre se recibirían las obras. *El Círculo de Bellas Artes*, poseído de su justa y legítima importancia, como tal *Círculo*, se dirige al ministro, y éste *oficialmente* le contesta que el plazo terminaba el día marcado en el reglamento. El noticiero interlocutor del Sr. Linares Rivas queda como un pobre diablo, pues el *Círculo* se apresura (eso sí, se apresuró un poco) á hacer saber á todo el mundo como *él*, el verdadero *Tío Javier*, tenía las de Fuenlabrada legítimas. Ya no hubo dudas: el día 25 de agosto deberían ser entregados mármoles, yesos, planos y pinturas.

Cuentan, sin embargo, que desde Galicia, donde á la sazón se encontraba el apabullado noticiero, escribía á varios amigos pintores diciéndoles que trabajasen más en sus respectivas obras, por cuanto el plazo no concluía, á pesar de la contestación *oficial* del ministro, hasta el respectivo día 10. En efecto, tres ó cuatro *giorni* andados, aparece una real orden en la *Gaceta* prorrogando hasta la fecha indicada por el noticiero la admisión de obras.

Los aficionados á definir pintorescamente esta clase de chascos, dijeron que el respetable *Círculo* había hecho una *plancha;* yo me apresuro á reconocer que no fué el Círculo, fueron algunas de las personalidades que lo componen. La mayoría de los socios de este centro cultísimo son personalidades que merecen toda clase de respetos y admiraciones, y tengo por seguro como se habrán dolido de la caída de latiguillo que hicieron dar á la colectividad cuatro ó seis de sus compañeros que ignoran de la marcha de las cosas oficiales todo, absolutamente todo.

Como digo al comienzo de esta crónica «las cosas de Palacio van despacio.» *Palacio*, en efecto (no me refiero al poeta ni á mi compañero *Sentimientos)*, vino también á última hora á prorrogar más todavía los plazos de admisión y apertura al ser acordado lo de que la regente no abandone San Sebastián hasta el día 4 de octubre, ni abra la Exposición de Bellas Artes antes del regreso de su viaje á las provincias andaluzas. En virtud de este acuerdo el plazo de admisión vuelve á prorrogarse hasta el 15 (escribo esto hoy 12) para los artistas españoles y hasta el 30 para los extranjeros. La Exposición, pues, se abrirá próximamente el 25 de octubre.

Querol está terminando el frontón. Los últimos toques del palillo los da el escultor con más brío, con más coraje que los primeros. Asombra contemplar aquella enorme composición que pesa toneladas, con figuras de cuatro metros, y considerar al mismo tiempo como en solos seis ó siete meses pudo llevar á cabo su compromiso, modelar diez ó doce bustos retratos, y comenzar las estatuas que el alcalde de Madrid le encargó para decorar la plaza de Cibeles.

Del frontón no se ve ya más que un masa informe de yeso. Están vaciándose las dos terceras partes del frontón, y dentro de seis ú ocho días comenzarán á colocarse las figuras en el tímpano de la Biblioteca.

Verdaderamente la operación es de una dificultad terrible. Al enorme peso de las piezas, á la dificultad que ofrece elevarlas hasta el lugar que habrán de ocupar en el tímpano, á la fragilidad del material únese la solución del problema de sujetar á la pared figuras colosales hechas de ligera cáscara de yeso.

Nunca como ahora se echan de ver los dislates, los desconocimientos y la inopia artística de los confeccionadores de la convocatoria para decorar el edificio de la Biblioteca. Dando de lado á la obligada composición de la alegoría que ha de llenar el tímpano, verdadera ñoñez, pues que á nadie se le ocurre, si ahonda un poco en la filosofía de los hechos consumados, de los cuales la historia se compone, que bajo la *Paz* únicamente florezcan las artes y las ciencias, paréceme absurdo exigir que en un plazo de meses el artista pueda llegar á grado de especulación suficiente para traer á su obra alguna originalidad y alguna verdad en todos y cada uno de los conceptos, que desde el punto de vista de la alegoría tienen al presente con arreglo á los nuevos ideales ciencias y artes é industria. Como es absurdo exigir que en ese mismo mezquino plazo pueda desarrollarse de un modo perfecto una composición cuyas figuras miden cuatro metros, cuando solamente dibujar y modelar con encaje discreto una sola estatua para ser vista á la altura de diez ó doce pies precisa el escultor dos meses. Como es un absurdo exigir que el escultor entienda de arquitectura, mejor dicho, de ingeniería, para colocar provisionalmente la complicada colección de piezas gigantescas de yeso que forman el total del alto relieve, sin que haya peligro alguno de rotura ó de desprendimiento.

La proximidad de la apertura de la Exposición de Bellas Artes, aun cuando como indico al comienzo de esta crónica se ha diferido algo, trae revueltos á los artistas que ya están en la corte. Dieron comienzo los cálculos y los cabildeos, especialmente para la elección del Jurado calificador. Nadie se resigna con la idea de un tercer premio; cuando menos es de justicia una segunda medalla.

Pero sobre todo de provincias es de donde vienen los más optimistas. La prensa provinciana fuerza el bombo de un modo que hasta ahora no tuvo precedente. A creer cuanto diariamente leo en las columnas de los periódicos, esta Exposición debe contar el número más grande de obras maestras que pudo reunirse jamás. A la vista tengo una carta en la cual se me envía, hecho ya, para evitarme la molestia, el suelto encomiástico. No resisto á la tentación de copiarlo, pues lo creo un modelo en su género; únicamente suprimo el nombre del artista y del periodista que me dirige la misiva-bombo en cuestión. Dice así: «Pinceladas y Brochazos. – ¡Hermosa creación! fué mi primera y espontánea exclamación ante aquel cuadro cuyas figuras se destacaban y cuyo trágico asunto conmovía. Le contemplé extático durante largo espacio de tiempo; aquí hubo inspiración, repetí; esta es la verdadera (suprimo también el título del cuadro, no haga el diablo que por el hilo vaya á sacarse el ovillo) de Eurípides en el acto de sacrificar... Duermen. Su respiración se percibe. La descripción de esta gigante obra y su crítica quedan para un talento más claro é inteligente que el mío (muchas gracias). Leí al pie (Fulanito de Tal) y apuntando apellido y fecha en mi cartera, me retiré bendiciendo al arte y sus hijos.»

He aquí poco más ó menos lo que diariamente repiten los amigos de los artistas que tienen á su alcance las columnas de los periódicos. Verdad es que tampoco son mancos para manejar el bombo mis compañeros que actúan en los papeles madrileños. No hace muchas semanas leí en un diario de la noche de esta corte un artículo donde el crítico afirmaba muy serio que cierto cuadro (en mancha por entonces) era merecedor de una medalla de oro – y aun dudo si decía de honor – y que no concedérsele tal premio sería una de las más grandes injusticias cometidas desde que hay Exposiciones. Después de todo – terminaba el articulista, – la opinión pública otorgó ya al Sr. X. el lauro merecido.

En efecto, no han visto el cuadro hasta ahora más de media docena de pintores y amigos del autor.

Lo que sí puede asegurarse es que algunas reputaciones van á deshacerse y algunas decepciones van á sufrirse. La avalancha de cuadros grandes, según tengo entendido, es terrible. Casi todos cuantos presentan lienzos de tanto vuelo, vuelan muy alto, demasiado alto, para desgracia suya y del arte. He visto cuadrazos históricos que son verdaderas equivocaciones; los he visto de género y costumbres rurales, que causan verdadero dolor y traen de la mano la conmiseración hacia sus autores. La más horrible de las dudas se percibe en toda la obra que yo he podido ver. Desde la Biblia hasta Germinal, desde los místicos hasta Bourget, desde Colón hasta Cristo, desde la escuela murillesca hasta la fría y mojada de París, desde el colorinismo oriental hasta la negra y terrosa paleta de Roma, todo tendrá su representación en este certamen. Felizmente no hay noticias de que vengan artistas extranjeros que valgan y signifiquen algo en el mundo del arte.

También el Círculo de Bellas Artes se apresta á la lucha. Actualmente se ocupa en organizar una Exposición donde solamente habrán de exhibirse cabezas femeninas. Será curioso estudiar el concepto plástico que de la belleza de la mujer tienen los socios pintores del Círculo. Pero para mí tengo que donde se lucirá esta sociedad ha de ser en la confección del periódico dedicado á conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América. A juzgar por las firmas de escritores, poetas, etc., encargados de la parte literaria, puede esperarse fundadamente que resultará gallarda muestra del ingenio español.

Otra muestra también de lo que en pasados siglos valió esta patria, así en el campo de las artes como en el de la industria, será la Exposición histórica hispano-americana, cuya instalación se está llevando á cabo en el palacio de la nueva Biblioteca. En orfebrería especialmente, como en estofas, he visto, muy á la ligera por supuesto – dada la dificultad de poder examinar hasta ahora, los objetos que se están recibiendo así de provincias como de América, – verdaderas maravillas.

Bien merecía la pena de gastarse unos cuantos miles de pesetas en coleccionar en un libro, donde se hiciese profundo estudio de las Exposiciones con que se pretende celebrar el acontecimiento estupendo que realizó Colón, las fotografías de todos aquellos objetos artísticos antiguos y de todas aquellas obras de arte contemporáneas, que por su valor histórico y artístico pudieran servir para trazar una verdadera historia del arte nacional.

Entre dedicar sesenta mil pesetas á confeccionar carteles que anuncien las fiestas ó dedicarlas á una obra de esta índole, no creo que haya duda en escoger.

R. BALSA DE LA VEGA

12 de septiembre de 1892

EL CONDE LEON TOLSTOI

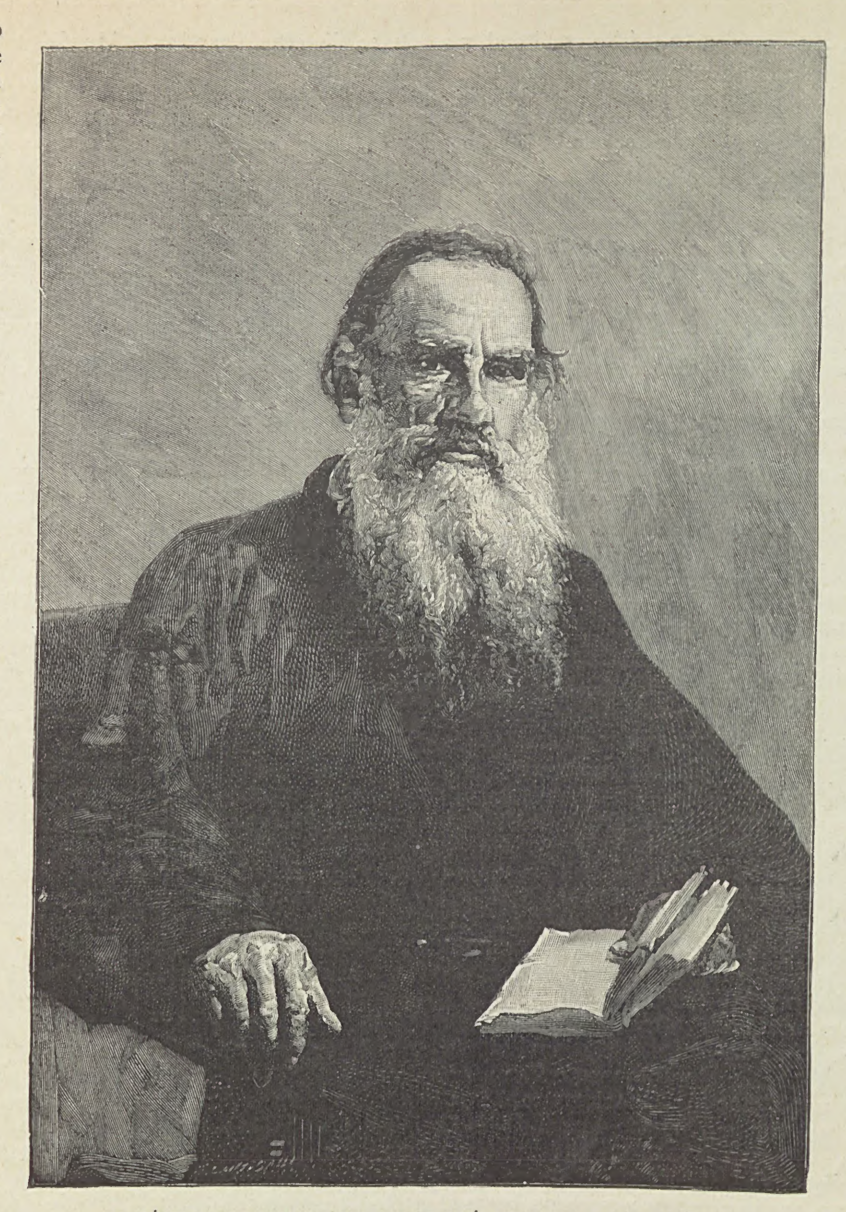
Este ilustre escritor ruso cuenta en la actualidad sesenta y cinco años y hace más de veinte que en torno suyo brilla una aureola de celebridad universal. Superior á toda crítica insolente y á toda calumnia, el pedestal que á su nombre ha levantado la pública admiración está tan alto que á él no pueden llegar los golpes que ha pretendido asestarle una crítica tendenciosa. Cuando habrán muerto y caído en el olvido todos sus críticos, el nombre de Tolstoi se recordará todavía con respeto y veneración y sus obras serán leídas con entusiasmo. Los trece volúmenes de sus escritos, en su mayor parte traducidos á casi todos los idiomas europeos, hoy figuran en la biblioteca de todos los hombres cultos dotados de sentimiento artístico, y forman parte, por decirlo así, del patrimonio intelectual de la humanidad.

En Tolstoi existen dos individualidades completamente distintas con caracteres y actitudes psíquicas especiales: el artista y el pensador, el literato y el filósofo, el novelista y apóstol de un catecismo social. Como artista, como literato y como novelista, además de una serie de bocetos militares que publicó en 1855, á raíz de la guerra de Crimea, y que fueron acogidos por la crítica europea como una hermosa promesa para la moderna literatura rusa, ha escrito multitud de narraciones y novelas, cada una de las cuales, desde *La felicidad de la familia* hasta *Guerra y paz* y *Ana Karanine*, fué un ruidoso triunfo para su autor. Tolstoi posee en este terreno el secreto de conmover las fibras más sensibles del corazón de sus lectores y de arrastrar su pensamiento con la violencia del huracán: con su potencia intuitiva, por nadie superada, presenta cuadros imponentes, típicos, acabadísimos, en los cuales se siente vivir á la humanidad con todas sus alegrías, sus miserias, sus afanes y sus sempiternas luchas.

Como filósofo, como pensador, como apóstol, por más que protesta de que nunca ha querido predicar la revolución ni ha sido adepto del socialismo ni de la anarquía, el conde Tolstoi es en sus escritos y en sus actos socialista, anarquista y revolucionario. Hace poco toda la ciudad rusa se conmovió leyendo un artículo suyo que se publicó en el *Daily Telegraph:* impulsóle á escribirlo el hambre que tantas víctimas causó en el imperio moscovita, y en él se sentaban, entre otros, los cuatro siguientes aforismos que no desdeñaría de suscribir el más exaltado anarquista: «Las clases superiores desde el momento en que nada producen no son sino parásitos de las generaciones en que viven. Nosotros arrebatamos al pueblo aquello que no nos pertenece. El pueblo tiene hambre porque nosotros estamos sobradamente hartos. Es preciso que conservemos siempre al pueblo algo hambriento á fin de poderlo inducir á que trabaje para nosotros.»

Uno de los principios fundamentales de la filosofía social del conde Tolstoi es la *impunidad del delito.* «No te opongas al mal:» he aquí uno de los dogmas de Tolstoi tan fuertemente arraigado en su conciencia de hombre y de escritor, que no sólo se revela en sus obras literarias transformándose á menudo en un sentimiento incondicional de conmiseración por todas las desventuras humanas, sino que también determina é ilustra muchos actos de su vida práctica.

Cierto día en que el conde Tolstoi se paseaba por sus bosques de Jasnaia Poliana, vió á un hombre que penosamente arrastraba un corpulento árbol. «¿Dónde vas con esto?,» preguntóle. El campesino, que había robado el árbol en los dominios del conde, circunstancia que éste sabía perfectamente porque conocía los malos antecedentes del tal sujeto, sintióse turbado y se disponía á arrojarse á los pies de aquél y á pedirle perdón, cuando Tolstoi le dijo con acento cariñoso: «¿Pero ves, desgraciado, que este árbol es demasiado grande y que tú solo no lograrás llevarle hasta tu casa?» Y en vez de reprenderle y de hacerle ver que había cometido una acción punible, cogió el tronco por un extremo y ayudó al ladrón á transportar hasta su choza el árbol robado.



EL CÉLEBRE ESCRITOR RUSO CONDE LEÓN TOLSTOI, cuadro de Repin

En otra ocasión presentósele un aldeano, y después de referirle sus desventuras le pidió que le hiciera la limosna de cuatro árboles, á lo que el conde accedió en seguida. Fuése aquel hombre al bosque, y no sólo escogió los árboles más corpulentos, sino que en vez de cuatro cortó cinco, sabedora de lo cual la condesa dió indignada á su marido cuenta del abuso. «¿Por qué no había de tomar cinco y escogerlos entre los mejores? Cuando ha cortado cinco es señal de que los necesitaba.» Tal fué la única respuesta de Tolstoi.

Una cuadrilla de ladrones devastó una considerable extensión de un magnífico bosque del conde: la familia de éste se mostró desesperada por el daño material sufrido, y los propietarios de las cercanías, considerando el hecho como indicio alarmante, reclamaron de las autoridades medidas enérgicas y ejemplar castigo. Sólo Tolstoi permaneció impasible, y cuando supo que habían sido arrestados veinte de los ladrones y que se les formaba causa criminal, desesperóse, protestó de que se quisiera castigar un hecho que únicamente á él afectaba y contra el cual no había reclamado, y no descansó hasta que, merced á sus influencias, logró que los criminales fueran puestos en libertad.

Después de este suceso, el distrito de Krapivenski, donde radican los bienes del conde, llegó á un estado tal que un propietario del mismo exclamaba:

«La vida en nuestras fincas se hace imposible, pues el conde Tolstoi con sus visiones filosófico sociales ha transformado el distrito en una cueva de malhechores» – G. M.

LEÓN TOLSTOI EN SU GABINETE DE TRABAJO, cuadro de Repin

EL MORO DE LOS DÁTILES

I

Hace días, uno de esos periódicos humorísticos que sirven de solaz á los habitantes de Madrid y para perversión de la literatura, publicaba el siguiente suelto:

«El famoso moro de los dátiles, á quien no hemos conocido, ni ustedes probablemente tampoco, á pesar de haber vivido rodeado de víboras, ha muerto á la avanzada edad de ochenta y dos años en el pueblo de Valdelaguna. ¡Descanse en paz en el paraíso del Profeta!»

No sé si estas líneas serán humorísticas por ser enigmáticas para la flamante generación: su gracia debe consistir en que nadie se fijará en ellas, puesto que se trata de un tipo antiguo que, como tantos otros, desapareció de repente y de quien sólo pueden acordarse los *talluditos* como yo.

Y con efecto, yo me acuerdo de él, ó mejor dicho, le he recordado al leer el mencionado suelto. Una frase de éste chocóme sobre manera, porque la desaparición (que yo creía muerte) del moro de los dátiles fué indudablemente motivada por unas víboras.

Pero ¿por qué y cómo el moro ha vivido entre víboras?

Mi curiosidad estaba excitada. Ocurrióseme una idea para satisfacerla.

Tengo un primo, tan *talludito* como yo, que cansado de la borrascosa vida de Madrid, se retiró hace más de quince años á Morata de Tajuña, pueblo en donde tiene una buena hacienda, á cuyo cultivo se ha dedicado. Allí se casó y enviudó, y allí está tan satisfecho, según parece, que una sola vez le he visto en la corte con motivo de las primeras bodas reales de D. Alfonso XII.

Fué en Madrid compañero mío de glorias y fatigas. En los primeros tiempos de su ausencia nos carteábamos; pero poco á poco cesó nuestra correspondencia.

Sabía que vivía, y que vivía contento, por alguno que otro morateño que á veces me encontraba y solía traerme recuerdos de aquél.

Ahora bien: Morata de Tajuña sólo dista una legua del pueblo de Valdelaguna, en donde, según el suelto del periódico, ha muerto el moro de los dátiles, á quien mi primo conoció como todo Madrid; y ocurrióseme la idea de pedirle informes, pues un tipo de la talla del moro debía ser conocido en todos los pueblos de la redonda. Escribí á mi primo con este motivo, incluyéndole el suelto del periódico, y no tardé en recibir contestación que más tarde conocerá el lector, pues creo que en todas las cosas lo primero es lo primero.

Y lo primero es que sepamos quién era el moro de los dátiles.

II

Por los años de 185..., época de su exhibición en la villa y corte de Madrid, era el susodicho musulmán un hombre como de cuarenta años de edad, aventajado de estatura, recio de carnes, no feo, moreno de color y de ojos pardos tirando á negros. Decía llamarse Abén-Sellán y ser natural de la propia ciudad de Mequinez, en Marruecos. Hablaba el español como un guripa del barrio de Maravillas; esto es, claro aunque no correcto, pero ceceando, lo cual no era de extrañar atendiendo á su africano origen.

Vestía poco más ó menos como todos los moros que de vez en cuando se presentan en Madrid; pero no tan fargallonamente (véase el Diccionario), y no llevaba las piernas desnudas, sino cubiertas con sendas medias azules ó amarillas. Tenía, á guisa de moro, una poblada barba negra, y su fisonomía rebosaba picardía, pero simpática.

En una puerta tienda, que no recuerdo si era de comestibles, colocaba el moro una mesita y sobre ésta un capacho siempre lleno de dátiles berberiscos frescos y apetitosos, de lo cual doy fe porque entonces me hallaba yo en la edad de la *golosinería*.

Su simpática persona, su carácter jovial, la escasez de moros que entonces había en Madrid y lo céntrico de su despacho de dátiles, que estaba situado en el primer trozo de la calle de Alcalá, eran causas de que el marroquí fuese conocido y célebre en la capital de España.

Es más: en las locuciones populares había sustituído á San Bruno. Voy á explicar esta frase.

Sobre la puerta de una posada de la calle de Alcalá hubo durante muchos años una estatua de San Bruno, metida en una hornacina y protegida ésta de los excesos de los muchachos por medio de una red de alambre. Resultó la susodicha estatua obra de gran mérito escultural, y según se dice (que en ello no estoy seguro) compráronla los ingleses y en la actualidad se halla en uno de los museos de Londres.

Lo que sí es cierto es que la estatua desapareció de la noche á la mañana y que no se encuentra en Madrid.

Pues bien: cuando á los madrileños les contaban mentiras, majaderías, impertinencias y cosas de este jaez, solían decir con tono despreciativo:

«¡Se lo cuentas á San Bruno!»

Y cuando la estatua del Santo se eclipsó, y Abén-Sellán estableció su comercio:

«¡Se lo cuentas al moro de los dátiles, que está en la calle de Alcalá!»

Todo el mundo creía que el vendedor del fruto de la palmera era un moro auténtico, pero los acasos de la vida hicieron descubrir lo erróneo de esta suposición.

Abén-Sellán era lo que vulgarmente se llama un moro manchego, y á él mejor que á ningún otro le cuadraba perfectamente este dictado, puesto que era natural de Manzanares y primo hermano de la célebre ciega improvisadora de aquella localidad.

He aquí la historia del supuesto islamita, tal como él la ha contado á muy contadas personas, omitiendo detalles por modestia:

Llamábase Juan Rengifo, y era, como ya se ha dicho, natural del pueblo manchego de Manzanares. *Cayó soldado* ó sentó plaza, que de esto no me acuerdo, y como era despabilado obtuvo pronto el grado de subteniente. En el año de 1841 formaba parte de la guarnición de la plaza de Melilla (no sé si por suerte ó por condena), y á consecuencia de haber faltado de palabra y obra á un superior, fué juzgado por Consejo de Guerra y condenado á ser pasado por las armas. La víspera de la ejecución, protegido por algunos compañeros logró evadirse descolgándose de noche por una muralla, y se refugió en el campo moro.

Aquí entra lo pintoresco de esta historia, que yo creo á pie juntillas por aquello de que *nada hay más inverosímil que la verdad*.

El fugitivo ex alférez fué hecho prisionero por un morazo de una de las kabilas cercanas á la plaza española, y el desgraciado Juan Rengifo tuvo que ejercer bajo el poder de aquel bárbaro los oficios más viles y penosos, hasta el punto de que uncido de pareja á un burro, servía de yunta de arado á su dueño. Hizo la providencia que se presentaran en la kabila unos cuantos escuadrones de moros de Rey para cobrar la *derrama*, ó séase contribución imperial, pues sabido es que el sultán de Marruecos emplea estos suaves procedimientos de apremio, y el prisionero manchego dióse tan bueña mana que consiguió irse con ellos á Mequinez. Por aquel entonces el monarca africano formaba una legión europea, compuesta de perdidos de todos los países, y el bueno de Rengifo ingresó en ella con el mismo grado que tuvo en el ejército español.

Desde este punto se hace obscura la historia del futuro moro de los dátiles.

Acaramelóse en Mequinez con una judía que tenía algunos ahorros y algunas alhajas. Sintió la nostalgia de España conforme iba entrando en años, y en fin, no sé cómo pudo hacer la procesión del niño perdido, y se presentó en Madrid, escudado con su nueva personalidad de comerciante africano.

III

Abén-Sellán, el moro de los dátiles, ejercía en la capital otras industrias ocultas, de que probablemente me ocuparé en otra ocasión. Vivía en amigable consorcio con una tal Doña Amparo Plasencia, á la que había inspirado una loca pasión. Era la susodicha, mujer de cuarenta y tantos años confesados, y en clase de jamona avanzada estaba de buen ver todavía. Ejercía el oficio de prendera ambulante, y con este motivo (y otros) se rozaba con señoras encopetadas de esas que creen que el desechar una prenda de vestir no es razón para regalársela á sus doncellas y servidoras. Doña Amparo era lista, vividora, avara, y se encontró con la horma de su zapato al enamorarse del moro de los dátiles, que tenía idénticas cualidades. Parecían ambos nacidos el uno para el otro, y seguramente entre los dos hubieran hecho fortuna, á no mediar el diablo, que todo lo enreda y destruye.

La paz octaviana, es decir, la paz de la mutua conveniencia, reinaba en el hogar y en los corazones del moro y de la prendera; pero no se sabe cómo ni cuándo ni en qué ocasión conoció el fingido marroquí á Lola la peinadora y se *chifló* por ella; lo cual nada tiene de particular, puesto que él se hallaba en la edad de las grandes pasiones y ella era apetitosa bajo todos conceptos.

Me río yo de los ojos andaluces y africanos y hasta de los ojos de las huríes del paraíso musulmán, de los que dice el Korán *que si un ojo de una hurí cayese á la tierra, bastaría para abrasarla*, comparados con los de Lolila la peinadora, que era conocida también por *Lola la de los ojos*. Tenían éstos llama y caricia á la vez, y cuando los entornaba con un guiño gachón, no había más que morir. Afortunadamente para mí y para todos los pollos de aquella hornada, tenía Lola carácter chulesco, es decir, desabrido y despreciador, que nos despegaba de ella; que si no, la mayor parte de los que la conocíamos hubiéramos hecho locuras por causa suya.

Porque además de los ojos, que eran lo culminante, tenía la peinadora en toda su personita tanta gracia y flexibilidad chulesca, y tal modo de andar ondulando, y tales pies y manos, y en fin tantas cosas que no son para dichas, que traía revueltos á todos los círculos del chuleo. Mi primo, el retirado ahora en Morata, era amigo íntimo de una hermana de Lola, y á esta circunstancia debo yo el estar tan enterado de la historia del moro manchego.

La peinadora, bien fuera porque la gustase ó porque le oliera dinerillo ó por desazonar á Doña Amparo, con la cual tenía pique por causa de un pañuelo de Manila que no había querido fiarla, empeñóse en catequizar al célebre Abén-Sellán, y lo consiguió de tal manera, que le puso más blando que los dátiles que vendía. Enteróse la provecta prendera de la infidelidad de su adorado musulmán, y desde entonces hubo entre ambos la marimorena. Celos, quejas, escenas trágico-cómicas con todo el acompañamiento que tales cosas requieren. Aflojábase el nudo de mutuo interés que unía á aquella pareja, y el moro, fatigado de guerra doméstica, murmuró la palabra *separación*.

Esta fatídica palabra pareció aplacar á Doña Amparo. Varió de carácter, reprimió ó ahogó sus celos, y ¡pásmense ustedes! hasta se hizo amiga de su rival, nombróla su peinadora de cámara y la mayor parte de los días festivos la sentaba en su mesa. Parecía no poder pasarse sin ella.

El moro estaba encantado é inflado de amor propio.

«¡Válgame Dios!, decía para sus adentros, lo que es un buen querer! He conseguido poner á esa pantera de Amparo más blanda que un guante!»

Y en efecto, parecía que aquel grupo del marroquí, prendera y peinadora, eran una sola alma encerrada en tres cuerpos. Faltaba sólo que los tres habitaran bajo el mismo techo, lo cual no desesperaba de conseguir el bueno de Abén-Rengifo, á pesar de que Lolilla tenía madre y hermana.

A veces Doña Amparo quedábase absorta contemplando á aquélla y exclamaba murmurando:

«¡Qué ojos!»

Y la pícara peinadora volvía los suyos hacia el feliz islamita, que se relamía de satisfacción.

¡Y eche usted rumbo por parte de Lola! ¡Qué peinetas de concha, que por entonces se estilaban; qué mantón de Manila para los días clásicos; qué medias de seda de la propia Valencia; qué botitas y zapatitos del mismísimo Reinaldo!

Cada dátil del moro parecía tener dentro una mina de oro.

Y ya se ve, con tan buen palmito y tantos pelendengues, Lolilla tenía que lucirlos. Así es que no era raro que mi primo y yo encontrásemos á aquélla y á su hermana en el baile de Capellanes y otros lugares distinguidos. Yo la preguntaba por el moro, haciendo como que me extrañaba de no verle á su lado, y ella me contestaba siempre:

«Déjele usted que sude en su casa, que está *costipao*.»

Y estábalo en efecto Abén-Sellán, acatarrado de un amor invencible que hacíale cerrar los ojos á los extravíos de su adorado tormento.

En cuanto á la prendera, no podía ser más correcta. Parecía, respecto á Lola, una madre que trata de tapar los pecadillos de su hija.

Desde el mes de febrero anunció Doña Amparo que estaba deseando que mejorara el tiempo para tener una comida de campo, á cuyas jiras era muy aficionada; pero aquel año el tiempo estuvo fatal. Nieves á últimos de febrero, ciclones en marzo, diluvios en Abril; parecía que todo se conjuraba contra el deseo de la campestre señora; pero por fin llegó el mes de mayo.

Comenzaron á revolotear las mariposas blancas de la primavera, los portales de Santa Cruz se perfumaron con el olor de la rica y retrasada fresa de Aranjuez. Los madrileños que durante el invierno sólo saben hablar de la mala gobernación del país y del *déficit* de la Hacienda, hablaban ya de cosas más agradables, como por ejemplo, de los encorvamientos de *Lagartijo* y los desplantes de *Frascue-*



CARLOTA, cuadro de H. Schmieche

lo, que comenzaban ya á piñonear, y sobre todo de la próxima romería de San Isidro, que en aquellos tiempos de relativo atraso era el acontecimiento del año.

En la actualidad, San Isidro está de capa ó más bien de aguijada caída. La plebe aún acude á su pradera; pero nadie habla de él hasta que llega.

Llegó el día del patrón de Madrid con gran contentamiento de Doña Amparo, que había prometido una gran *juerga* á sus amigos y allegados, una *juerga* que había de durar todo el día y parte de la noche.

Días antes la prendera estuvo muy ocupada y hasta ausente de Madrid, sin duda por causa de los preparativos de la gran comilona que proyectaba: los convidados esperábamos grandes sorpresas, y como entre éstos nos contábamos mi primo y yo, mi primo, que es erudito, me decía:

– Ya verás, vamos á comer lampreas del lago Fúsaro y ensalada de colibríes, remojada con vino de Tokay de la bodega de Tekelí.

IV

El día del santo amaneció espléndido.

Ni una nube en el cielo, lo cual prometía un día superior para los grillos y cigarras.

Desde el amanecer todos estábamos apercibidos y vestidos de campo.

Doña Amparo se presentó hecha un brazo de mar, con cuerpo de color de alga, falda verde y verde sombrilla.

Abén-Sellán, por exigencias de sus dos amadas, abandonó por primera vez su traje marroquí; porque, lo que ellas decían: «Si vienes con tu facha habitual, vamos á llamar la atención y no van *á dejarnos de vivir*.» Vistióse, pues, un terno á cuadros y un sombrero hongo que le sentaba de perlas.

A propósito he dejado á Lola para lo último.

¿Qué he decir de ella sino que estaba feroz de bonita? Todos la contemplábamos atónitos; y á Doña Amparo, ¡lo creerán ustedes!, se le caía la baba al mirarla.

Dos faetones nos condujeron á San Isidro. Rebosábamos alegría, no nos quisimos reservar, íbamos cantando, y Lola arreaba á las mulas con voces y dicharachos graciosos.

El criado del moro, la criada de la prendera y dos mozos, no de cordel, sino de carne, se habían hecho cargo de la comida.

Cuando nos apeamos en el Santo, hubo discusión respecto al sitio en donde habíamos de sentar nuestros reales. Unos opinaban que bajo los árboles de la pradera, otros que *cabe* las tapias del campo santo, que ofrecían más garantía de sombra; pero Doña Amparo dirimió los pareceres, diciendo que ella conocía un bosquecillo más allá de los cerros, en donde estaríamos á las mil maravillas y alejados de la *furriela*.

Fuimos allá, y con efecto nos instalamos con relativa tranquilidad, porque no había mucha gente.

Omito detalles de aquel memorable día. Hicimos todo lo que es clásico hacer. Entramos á empujones en la capilla del Santo, bebimos agua de la fuente milagrosa, visitamos el cementerio, compramos, bebimos y rompimos frasquetes, silbamos en O-Donell y Olózaga, en boga entonces, y finalmente fuimos perfectos madrileños.

Lola estaba radiante: todo el mundo se la comía con los ojos.

Almorzamos sobre un musgo parecido á césped; y á consecuencia del cansancio, de las libaciones y del calor entró tal modorra á la linda peinadora, que nos suplicó que la dejásemos dormir un ratito hasta que el sol aplacara sus furores. La misma Doña Amparo arreglóla una cama y una cabecera, el celoso moro la cubrió de medio cuerpo abajo con un pañuelo grande para que no se la viesen los tentadores piececitos, y todos nos retiramos á alguna distancia para dejarla dormir en paz.

Como á toda jira campestre se lleva una baraja, organizamos una partida de *burro*, y estábamos embelesados en nuestro juego, cuando de súbito Lola, que hacía rato que dormía, dió un grito terrible, luego otro, despertándose é incorporándose sobresaltada.

Acudimos todos. La peinadora llevábase la mano al pecho, quejándose lastimosamente y diciendo «¡Aquí y aquí!,» al propio tiempo que señalaba también á la parte posterior del muslo.

Supusimos que la habría picado algún bicho, y así era, pero no era así, porque los bichos eran dos. Doña Amparo y las mujeres reconocieron á Lola y vieron con espanto que el lado derecho del pecho y el muslo izquierdo de aquélla se hinchaban, presentando un color amoratado.

Entretanto los hombres buscábamos en el sitio en que había estado echada Lola. Mi primo exclamó de repente:

«¡Una culebra!»

Y poco después uno de los presentes gritó á su vez:

«¡Pues aquí hay otra!»

«¡Sí, sí, culebras!, dijo uno de los mozos de cuerda examinando los bichos. Son dos víboras y de las más finas que he visto.»

Entonces sucedió una cosa extraordinaria: el moro de los dátiles, que estaba pálido como un vampiro, lanzó á doña Amparo una mirada indefinible, púsose en silencio el chaleco y americana que habíase quitado por causa del calor, encasquetóse el sombrero, y sin mirar á Lola ni á nadie alejóse de aquel sitio.

Supusimos que iba á buscar un médico, pero lo cierto es que nadie volvió á verle más.

Doña Amparo á los pocos días desapareció también.

En cuanto á la peinadora, tuvo que desaparecer por fuerza. La doble picadura de las víboras envenenáronla de tal suerte que no hubo remedio para ella.

En el suprimido cementerio de San Nicolás hubo un nicho casi rasando el suelo, cuyo epitafio era un poema.

Decía:

DOLORES ABRIL

Muerta á los 18 años de edad

1855

Díjose por entonces que la prendera habíase retirado á un convento de monjas en Loeches; pero los que la conocíamos á fondo no lo creíamos. El hogar del moro cerróse á piedra y lodo y poco después quedó desalquilado. La hermana de Lola, que, como ya he dicho, era íntima de mi primo, se casó con un granadino que se la llevó á su tierra. La madre de las dos muchachas era una septuagenaria mema; de suerte que todo pareció conjurarse para envolver entre sombras el paradero de los personajes de esta historia.

Hablóse durante un poco de tiempo del supuesto marroquí, de la caída de ojos de Lola, del impetuoso carácter de la prendera, de las víboras que ocasionaron la muerte de la linda peinadora, que algunos compararon posteriormente á una víbora de una novela de Montepín; y pasadas estas habladurías, nadie volvió á acordarse de aquella desaparecida trinidad amorosa.

¡Sí, buenos estábamos los españoles para acordarnos de nada, con cinco pronunciamientos, una revolución, un boceto de república y una restauración!

Además aquella generación ha pasado; sólo que damos algunos veteranos.

V

Dije al principio de este relato, que á consecuencia del suelto del periódico humorístico que anunciaba el fallecimiento del moro de los dátiles en el pueblo de Valdelaguna, pedí informes á mi primo, residente en el contiguo de Morata de Tajuña.

He aquí su contestación:

«Querido primo: ¿Cómo querrás creer que habiendo sido casi vecinos, sólo he sabido por ti del moro de los dátiles? Verdad es que ¿quién se atreve á visitar las fragosidades de Valdelaguna?

»Pero recibí tu carta, leí el suelto del periódico que me incluías, chocóme un párrafo referente á víboras, monté á caballo y por vía de paseo me trasladé á aquel pueblo.

Ningún sitio más á propósito para residencia de un hombre desesperado.

No diré que Valdelaguna es la última palabra del credo, pues sería profanar esta santa oración; pero sí afirmo que es digno émulo de Porra, pueblo de los Pirineos catalanes, adonde nos enviamos los españoles cuando estamos incomodados.

Tomé informes respecto á Abén-Sellán, ó sea el moro de los dátiles: nadie le conocía por este nombre ni apodo. Dijéronme que recientemente había fallecido allí un anciano de ochenta y tantos años de edad, llamado Juan Rengifo, y me llevaron á casa de una prima suya, en cuya compañía había vivido. Esta era también muy vieja, pero lista y vivaracha. Me habló de su primo llorando. Díjome que habían vivido en compañía cerca de cuarenta años, que Rengifo, mientras pudo, fué vendedor ambulante de telas y baratijas por los pueblos del contorno, que luego enfermó y que siempre había tenido una manía rayana en locura.

– ¿Cuál fué?, le pregunté yo.

– Una extravagancia incomprensible, me contestó ella. Tenía la manía de matar víboras.

– ¡Vaya!

– Sí, señor. Siempre que podía íbase á la cañada que está debajo del pueblo, en la que abundan esos dañinos animales, y mataba cuantos podía.

– Y ¿cómo se arreglaba para hacerlo impunemente?

– Iba precabido. Llevaba zapatos gruesos y botines, que es lo que aquí encargamos á los forasteros; porque las víboras están entre el barro de la cañada. Cuando hace sol esos maldecidos bichos se cuelgan de los zarzales, y por eso es preciso andar separado de los vallados. Mi primo sabía estas cosas, y á toda víbora que veía columpiarse en las ramas dábala un golpe con una varita que llevaba en la mano y *la partía por el eje*. ¡Ay, señor! ¿De qué provendría esa manía?, repuso aquella mujer cruzando las manos.

Quedéme yo pensativo y pude habérsela explicado, como ahora nos la explicamos tú y yo.

El pobre Rengifo trataba de vengar en la especie la fechoría de las dos víboras que en San Isidro picaron á la peinadora más linda que ha existido...

F. Moreno Godino

SECCIÓN AMERICANA

EL TESORO ESCONDIDO

POR NATANAEL HAWTHORNE

(Continuación)

– El buen señor debía de tener más de un punto de semejanza conmigo, dijo Pedro; de no ser así nunca hubiera llegado á la opulencia. También creo que habría podido colocar su dinero de una manera más ventajosa. Como está hoy, maldito si reditúa un céntimo. Es cierto que no corre ningún riesgo, y que no hay que temer quiebras; pero no lo es menos que no produce nada, y que será preciso echar abajo la casa para encontrarlo. ¿Por qué lo escondería tanto?

– Porque no podía gastarlo, respondió Tabby, pues siempre que iba á abrir la caja venía el enemigo malo por detrás y le sujetaba el brazo. Decían que el diablo le había dado aquel dinero de su trapillo, pero á condición de que le otorgase una escritura cediéndole la casa y el corral inmediato, y que el amo nunca quiso hacerlo.

– Lo mismo he hecho yo con Mr. Juan Brown. ¡Pero todo eso es un disparate, Tabby, y no creo una palabra de tu historia!

– ¡Ay!, suspiró Tabby; ¡tal vez no sea esto verdad!; pero no faltan personas que dicen que el difunto la cedió al diablo, y que por eso han sido siempre tan desgraciados los que han habitado en ella. Yo he oído decir á uno que no bien se firmó la escritura se abrió por sí solo el cofre, y el amo tomó un puñado de oro, pero que en seguida se le convirtió en papeles viejos.

– ¡Tente, lengua infernal!, gritó Perico encolerizado; monedas de oro de muy buena ley, y no papeles viejos, fué lo que halló. Si me parece que lo estoy viendo todavía, cuando yo (ó mi abuelo ó quien fuese) metí... ó metió la mano en el cofre y la saqué... ó la sacó llena de oro que daba gloria verlo!...

Pero no se desanimaba Perico por tan poca cosa. Pasó toda la noche recreándose con los más agradables ensueños, y se despertó al despuntar del alba con el corazón dando brincos, como suele suceder á los chiquillos cuando se disponen á emprender alguna de las suyas.

II

Y pasaban días y más días y Perico no cedía un ápice en su obra destructora, como no fuese los ratos de almorzar y comer. Entonces lo llamaba Tabby y le servía una ración, no muy cumplida, de carne de cerdo ó cosa parecida, con la añadidura de algunos guisantes, todo mal condimentado y reunido sabe Dios á costa de cuantos trabajos. Pero Pedro, siempre á fuer de hombre devoto, se acordaba al sentarse á la mesa de implorar la bendición del cielo, con tanto más fervor cuanto más escasa estaba la comida, porque entonces era más necesaria. Y si como sucedía las más veces todo se componía de legumbres, no por eso dejaba de dar gracias á Dios, al menos por el buen apetito con que pensaba comerlas. Hecho lo cual proseguía sus trabajos, y ya no se volvía á oir en la desvencijada casa sino el ruido de sus herramientas que destruían cuanto encontraban por delante.

¡Qué cosa tan buena es tener el convencimiento de estar ocupado en algo útil! Por eso nada turbaba el ánimo de Perico, á no ser esos fantasmas de la imaginación que vienen y se van como vagos recuerdos y que tienen todas las trazas de presenti-

mientos. Sucedíale no pocas veces quedarse parado con el hacha en el aire para preguntarse: «Perico, ¿para qué vas á tirar al suelo toda la casa? Reflexiona, y te acordarás del sitio en que está escondido el tesoro que con tanto afán vienes buscando.»

Pero pasaban días y días sin descubrir nada que fuese digno de mención. Sin embargo, más de una vez acontecía que un ratoncillo asomaba la cabeza por la entrada de su madriguera, y se ponía á mirar de hito en hito al perturbador de su tranquilidad, cual si quisiera preguntarle qué diablos ocurría en la hasta entonces silenciosa casa.

A pesar de todo, Perico, tan resuelto como el destino y tan diligente como el tiempo, había demolido los pisos superiores y ya se hallaba en el primero, muy atareado, por cierto, en una vivienda que daba á la calle. En su día hubo de ser ésta la mejor de la casa, pues según tradición de la vecindad, el gobernador Dudley y otros muchos personajes de gran categoría se habían alojado en ella. Los muebles, por supuesto, habían desaparecido, y en las paredes sólo quedaban girones de tapices; pero en cambio no faltaban figuras grotescas dibujadas con carbón, particularmente perfiles de cabezas humanas; y como daba la casualidad de que eran otras tantas muestras de la inclinación que tuvo Perico á las artes en su infancia, le daba más lástima destruirlas que si hubiesen sido los frescos que pintó Rafael en los muros del Vaticano.


INDÍGENAS DE LA BAHÍA DE DELAGOA (de una fotografía)

No obstante, un croquis, tal vez el mejor de la colección, produjo en él distinto efecto: representaba un hombre harapiento, apoyado en un azadón, é inclinándose como para coger algo de un hoyo que tenía á sus pies; pero ¡oh circunstancia horrible!, detrás del infeliz, riéndose de una manera infernal, estaba un personaje misterioso, armada de cuernos la cabeza, las uñas de los pies largas y encorvadas y con un rabo escandaloso que remataba en borla.

– ¡Atrás!, gritó Perico. ¡El tesoro es de ese hombre!

Y enarbolando el hacha descargó en la cabeza del de los cuernos un golpe tan furioso y desatentado que no sólo desbarató su imagen, sino también la del hombre del azadón. Las figuras desaparecieron como por encanto, y penetró la herramienta al través del muro en un hueco.

– ¡Válgame Dios! ¿Está usted de pelea con el enemigo malo?, dijo entonces Tabitha, que venía en busca de leña para guisar.

Pedro no contestó, porque trémulo y palpitándole con violencia descompasada el corazón, proseguía dando golpes en la pared. Al fin descubrió al lado de la chimenea un cofrecillo, lo sacó, lo abrió, miró dentro con chispeantes ojos, vió dos cosas, metió la mano y sacó primero un candil de cobre cubierto de verdín y después un empolvado pergamino; Tabitha se apoderó del candil y lo limpió con su delantal.

– Es inútil, dijo Perico á Tabitha, que lo restriegues, porque no es la lámpara de Aladino, si bien lo tengo por feliy presagio. ¡Pasa la vista por aquí, Tabby!

Tabitha tomó el pergamino y se lo acercó á las narices, en las que tenía montados unos enormes anteojos. Pero no bien hubo pasado la vista por lo escrito, soltó una carcajada y contestó:

– ¡Vaya! ¡Que se quiere usted divertir con la vieja! ¡Si ésta es la letra de usted! Pues, igualita á la carta que mandó usted de Méjico.

– Mucha es la semejanza, dijo Perico, examinando de nuevo el pergamino; pero ya te harás cargo de que este cofre lleva más tiempo de estar aquí metido que tú en la casa y yo en el mundo... Esta es letra de mi antepasado Pedro Goldthwaite; estos números son los suyos y dan el pormenor de su tesoro, y estas líneas al pie indican el lugar donde lo escondió; pero está la tinta tan desvanecida que no se puede leer nada. ¡Qué lástima!

– ¡Pues á fe mía que el candil es bueno y nuevo!, exclamó Tabby; siempre es un consuelo.

– ¡Un candil!, murmuró Pedro: eso significa luz en mis investigaciones.

Sentíase en aquel momento más dispuesto á meditar sobre su hallazgo que á proseguir los trabajos; así que no bien Tabitha se hubo marchado, clavó de nuevo los ojos en el pergamino, delante de una ventana que daba á la calle y que tenía los cristales tan sucios de polvo, que al sol le costaba trabajo abrirse paso por ellos. Pedro, para ver mejor, abrió la ventana y se asomó á mirar á la calle, mientras el sol penetraba en la habitación.


CALLE PRINCIPAL DE DON LUIS EN LORENZO MARQUÉS (de una fotografía)

Comenzaba el deshielo; y aunque el aire que co-



DESPUÉS DEL BAILE, cuadro de D. J. Barbudo



LEVANTAMIENTO DE LOS ALDEANOS DE HESSE EN 1809, copia del celebrado cuadro de T. Matthei

rría más bien era tibio ó caliente que no frío, Pedro tiritó como si le hubiesen echado á la cara un jarro de agua fría. Una gruesa capa de nieve cubría todos los tejados; pero iba derritiéndose rápidamente en millones de gotas que brillaban como diamantes con el sol y producían tanto ruido al caer como un aguacero, mientras en la calle, apisonada con el tránsito de las gentes, se mantenía tan dura como una losa de mármol. Cuando Perico se asomó á la ventana vió que los habitantes de Boston aprovechaban aquel hermoso día para desquitarse de los dos ó tres semanas de frío intenso que habían sufrido, y no pudo menos de suspirar al ver una porción de señoras muy frescas, de color de rosa, envueltas y forradas en capas y esclavinas de pieles, que andaban con gran cuidado para no resbalar. Las campanillas de los trineos se oían por todas partes; ya era un trineo de Vermont cargado de cuerpos de cerdos, carneros y ciervos helados; ya el de un recovero provisto de pollos, gallinas y pavos; ya el de un campesino que iba con su mujer á la ciudad para hacer sus compras, pasear y al propio tiempo vender manteca y huevos; ya por el contrario un lujoso trineo conduciendo una pareja elegantísima; ya uno de las mensajerías con las cortinas levantadas para dejar libre paso al sol, y abriéndose camino rápidamente por entre la multitud de vehículos que atestaba la calle; ya un trineo inmenso, imagen del arca de Noé, con asientos para cincuenta personas y arrastrado por una docena de caballos, que iba lleno de muchachas y muchachos, de viejos y chiquillos, todos alegres, riéndose y cantando que daba gusto verlos, y á quienes el público aplaudía, mientras una caterva de pilluelos les arrojaba bolas de nieve.

En su vida vió Perico escena más animada que aquella: el sol radiante, las gotas de agua como perlas, la nieve deslumbradora y los trineos que iban y venían haciendo con sus campanillas un ruido tan alegre que el corazón palpitaba de contento. Sólo una cosa había desagradable: la vejísima casa de Perico, á la cual por otra parte no le faltaban razones de estar triste á causa de la consunción que la devoraba.

–¿Qué tal va eso, Perico?, gritó un individuo al otro lado de la calle en ocasión que nuestro hombre se iba á retirar de la ventana.

Miró Pedro, en efecto, y vió á su ex socio mister Brown plantado en la acera de enfrente tan guapo como siempre. Las voces de Mr. Brown hicieron que todos los que pasaban en aquel momento por su lado fijasen la vista en la ventana.

–¡Pedro!, gritó de nuevo Mr. Brown. ¿Qué diablos haces ahí dentro que siempre oigo tanto ruido? ¿Estás componiendo la casa, eh?

–Tal vez sea tarde para eso, replicó Pedro; pero si la obra se hace será radical: desde los cimientos hasta el tejado.

–¿Y no sería mejor que lo dejases á mi cuidado?, dijo Mr. Brown de una manera significativa.

–Veremos, respondió aquél, y cerró precipitadamente la ventana, pues desde que había empezado á buscar el tesoro no podía sufrir que la gente lo mirase.

Al retirarse, avergonzado de la pobreza aparente en que vivía, pero lleno, sin embargo, de orgullo por las escondidas riquezas que le esperaban, iluminó su rostro una sonrisa de satisfacción, produciendo el mismo efecto que los pálidos rayos del sol en la sucia vivienda donde tenían lugar estos acontecimientos. Más aún: quiso pavonearse como Perico I cuando se daba cuenta de la casa que había construído para qué sé yo cuantas generaciones; pero la habitación le pareció sombría y triste, comparada con la claridad y animación de la calle, para entregarse á tal exceso.

(Concluirá)

MISCELÁNEA

Bellas Artes.–Se ha inaugurado en Dresde un monumento erigido en honor del célebre arquitecto Godofredo Semper. Sobre un zócalo de elegantes líneas y sin más adorno que el nombre de Semper, álzase la estatua de éste en actitud de desenvolver un plano que entre sus manos sostiene y con una pierna apoyada en un artístico capitel. Este monumento, construído en uno de los mejores puntos de Dresde, es obra del eminente profesor Juan Schilling.

–El día 11 de este mes se habrá celebrado en Metz la inauguración del monumento dedicado al emperador Guillermo: consiste en un pedestal de seis metros y medio de alto sobre el cual se levanta la estatua ecuestre del emperador, de cuatro metros y medio, con el brazo derecho extendido en ademán de señalar el campo de batalla de Gravelotte. En el pedestal hay dos relieves de bronce que representan la entrada del príncipe heredero y del gran duque de Baden en Metz y al príncipe Federico Carlos en Gravelotte. Este monumento es obra del escultor Fernando de Miller, de Munich.

–En Planen y en Burg se han inaugurado en el mismo día dos monumentos al emperador Guillermo: el primero, cuyo proyecto es del inspector de construcciones Brunig, es un grupo de rocas de 6 metros de alto sobre el cual se eleva un monolito con el busto del emperador en relieve de bronce; el segundo, obra del escultor Ernesto Habs, de Berlín, es la estatua en bronce del augusto monarca.

–El monumento que los empleados de la fábrica Krupp han dedicado al fundador de ésta, Alfredo Krupp, inauguróse solemnemente el día 28 de agosto último: en él se ve la estatua en bronce del famoso fabricante y en dos postamentos laterales un grupo formado por una mujer y un niño y un robusto forjador, simbolizando la humanidad y el trabajo. Este monumento es obra de los escultores Mayer y Menges, de Berlín.

–Al tercer concurso celebrado por la casa Sonzogno, de Milán, han acudido 60 compositores: de las doce obras escogidas después de un riguroso examen, seis han sido calificadas por el Jurado de obras maestras. Sus títulos y autores son: *Don Paez*, de Ernesto Boezi (de Roma); *El violín de Cremona*, de Carrara (de Cherburgo); *Escenas medioevales*, de Cerquetelli (de Terni); *Trenzas negras*, de Gianferrari (de Reggio Emilia); *Una fiesta de marineros*, de Benvenuto Coronaro (de Vicenza), y *Traición*, de Cusinati (de Milán). Los premios han sido concedidos á las obras de Coronaro y Boezi.

Teatros.–En Pesaro se ha estrenado una ópera en dos actos titulada *La bella d' Alghero*, primera producción del joven compositor Juan Fara Musio: aunque no exenta de defectos propios de la inexperiencia de su autor, la partitura revela feliz inspiración, excelente educación musical y originalidad dentro del género genuinamente italiano.

–En Cremona se anuncian doce representaciones del *Figliuol pródigo*, del maestro Ponchielli, hijo de aquella ciudad, que coincidirán con la inauguración de un monumento erigido en honor del insigne autor de *Gioconda*. La ópera será cantada por los mismos conocidos artistas que la cantaron últimamente en la Scala de Milán y dirigida por el maestro Mascheroni.

–En el teatro Francés, de París, se ha reproducido con gran éxito la comedia en tres actos del famoso Favart, *Trois Sultanes*, que no se había representado desde hacía más de setenta años.

–En el teatro Nuevo, de Leipzig, se ha estrenado con excelente éxito la nueva ópera de J. Brull, titulada *Gringoire*.

–En el teatro de Viena se estrenará durante la próxima temporada una nueva opereta del celebrado compositor Juan Strauss, titulada *La princesa Ninetta*.

–La primera obra que se estrenará en el teatro de la Corte, de Viena, será una ópera cómica titulada *Signor Formica*, letra de F. Keppler y música de E. Schutt, cuyo argumento está tomado del cuento de Hoffmán del mismo título.

–El producto de las representaciones dadas durante este verano en el teatro de Baireuth asciende á la cifra de 750.000 pesetas: han asistido á aquéllas 26 000 espectadores, de ellos 7.000 ingleses y americanos, 4.000 franceses y el resto alemanes, rusos, belgas y españoles.

–En Trafalgar Square (Londres) se inaugurará en breve un nuevo teatro que se denominará de Saint Martin' s Lane, obra del arquitecto Mr. Walter Emden. La fachada del edificio es de estilo italiano, y el decorado general del interior, del Renacimiento francés. El nuevo coliseo es suntuoso y sus propietarios le han dotado de todos los adelantos científicos en punto á luz, ventilación, comodidad y conveniencia: consta de cuatro pisos, es capaz para 1.250 espectadores y posee infinidad de puertas de salidas que se abren automáticamente permitiendo desalojar el teatro en breves momentos. El Saint Martin' s Lane inaugurará uno de estos días sus funciones con la nueva ópera cómica *La noche de boda*.

Necrología.–Han fallecido recientemente:

Enrique Cialdini, duque de Gaeta, que sirvió en un regimiento organizado en Reggio (Italia), luego en el ejército portugués y más tarde en el español, combatiendo á los carlistas durante la primera guerra civil; en 1848 regresó á Italia, entrando en el ejército que mandaba el general Ferrari y en el de Piamonte, llegando á obtener el grado de capitán general: fué diputado, jefe de estado mayor, embajador en España durante el reinado de D. Amadeo y en París.

Víctor Wilder, eminente crítico musical francés, admirador de Wagner, cuyas obras tradujo, y colaborador de los periódicos de París *Gil Blas, Menestrel, Evenement, Opinion Nationale, Parlement* y *Gazette Musicale*.

El vicealmirante francés Ribell: se distinguió en el bombardeo de Sebastopol; en el Senegal y en la guerra de 1870; fué en 1883 nombrado comandante de la escuadra de Argel, en 1886 jefe de la división naval del Atlántico-Sur y en 1890 prefecto del cuarto distrito marítimo. Era comendador de la Legión de Honor.

Fernando Barth, pintor de historia y de género, escultor, profesor de la Academia y de la Escuela de Industrias artísticas de Munich.

Jorge Guillermo Curtis, reputado publicista neoyorkino, redactor político del *Harper's Weekly* y uno de los fundadores del partido republicano.

José Standthartner, presidente de la primera sección médica del Hospital general de Viena y uno de los médicos más famosos de aquella capital.

Juan Greenleaf Whittier, renombrado poeta cuáquero, entre cuyas principales obras pueden citarse especialmente: *Leyendas de Nueva Inglaterra, Sobrenaturalismo en Nueva Inglaterra* y *Voces de Independencia*.

NUESTROS GRABADOS

Monumento á Guillermo Tell, según el proyecto de Ricardo Kissling.–Deseando el gobierno federal suizo erigir un merecido monumento en honor del legendario héroe helvético en la aldea misma donde nació éste y donde ocurrieron los más interesantes episodios de su vida, abrió hace poco un concurso en el que fué premiado el proyecto que reproducimos. ¿Qué diremos de la hermosa figura de Tell que no se digan cuantos contemplen el magnífico grupo modelado por Kissling? ¿Quién no adivina á primera vista en aquella arrogante figura, en aquel noble semblante, en aquella resuelta actitud al hombre indomable á cuyo nombre ha asociado la nación suiza las ideas de patria, libertad é independencia? ¿Quién no ve en su ademán la fiereza del que se negó á prestar acatamiento al tirano, al que no se dejó dominar ni aun al sentirse atormentado en su corazón de padre amantísimo, al que unió á todos los suizos como un solo hombre consiguiendo vencer al déspota extranjero? Al expresarnos así dejamos á un lado las discusiones históricas para atenernos á la tradición, que es la que ha inspirado á Kissling su bellísima obra. Esta se alzará en la plaza de Altdorf, adosada á uno de los costados de la torre que allí se levanta y en la que estará pintada la comarca de Burglen, de donde figura venir Tell llevando á su hijo de la mano. En el pedestal habrá cuatro bajos relieves que representarán el episodio de la manzana, el momento en que Guillermo salta de la lancha en que le llevaban prisionero, la muerte de Gessler y la muerte de Tell.

El autor de este proyecto nació en 1848 en Wolfwyl, en el cantón de Solothurn, y figura entre los más notables escultores suizos y goza de fama universal en el mundo del arte por sus muchas é importantes obras, entre las cuales merecen citarse *Corredor, Galla*, varios bustos retratos de Cullmann, Semper, Keller, etc., su monumento á Alfredo Echer (Zurich) y su *Sibila guardadora del secreto de la tumba*.

Carlota, cuadro de H. Schmieche.–En distintas ocasiones hemos señalado las dificultades que ofrece la pintura del género á que pertenece *Carlota*, deduciendo de ellas el talento artístico del pintor que acomete y lleva á feliz cima un cuadro de esta clase: no hemos, pues, de repetir lo que hasta la saciedad tenemos consignado, y nos limitaremos por consiguiente á llamar la atención de nuestros lectores sobre las bellezas de concepción y de ejecución del hermoso busto de Schmieche, que bien puede colocarse al lado de los más notables ejemplares de la galería de beldades á que dedican sus excepcionales dotes algunos ilustres artistas alemanes.

Indígenas de la bahía de Delagoa. Calle principal de Don Luis en Lorenzo Marqués.–La ciudad de Lorenzo Marqués es actualmente capital de las posesiones que en el Este de Africa tiene y que con tanto empeño disputó Inglaterra á esta nación hace poco tiempo: está situada en la orilla izquierda del río de su nombre y no carece de atractivos, gracias principalmente á lo pintoresco de sus alrededores. Uno de nuestros grabados representa la calle de Don Luis I, una de las mejores de la población, en donde está situado el palacio del gobierno, que forma esquina con la plaza del Paseo. Los indígenas, llamados cafres landines, son gente muy sobria y de sencillas costumbres: sujetos á pocas necesidades, bástales para su alimento un poco de maíz y algunas patatas y legumbres, habitan en pequeñas chozas de caña y barro y su traje consiste en una piel para los hombres y en un ancho pañuelo para las mujeres, siendo ambos sexos muy aficionados á los adornos, tales como pendientes, collares, brazaletes, ajorcas, etc. Sus armas son: lanza corta, el escudo, el palo en forma de clava y el hacha: algunos usan armas de fuego; en cambio pocos manejan el arco y la flecha. Los indígenas reproducidos en el otro grabado son landines dispuestos á servir de escolta á una expedición.

Después del baile, cuadro de D. J. Barbudo.–El autor de este lindísimo y admirado cuadro, conocido ya de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA por serlo también de una bellísima *Cabeza de estudio* que publicamos en el número 391, es de los que han logrado poner en el extranjero á muy alto nivel el nombre español en materias de arte. Observador atento, estudia á fondo el asunto que trata de trasladar al lienzo y lo ejecuta con una verdad y una riqueza de detalles dignas del mayor elogio. Ejemplo de ello puede ser *Después del baile*, obra en la que todo respira vida, naturalidad y distinción, desde la decoración del fondo, en que se ven artísticos grupos de plantas combinados con luces y tapices, hasta los más insignificantes detalles decorativos de los términos más cercanos al espectador; desde las elegantes parejas que descienden por la amplia escalinata llevando en sus manos los objetos que sirvieron para el cotillón, hasta los lacayos que puestos en fila esperan á sus respectivos señores, unos impasibles, otros impacientes y alguno dando cabezadas rindiéndose al sueño y á la fatiga, que son los compañeros inseparables de las aristocráticas fiestas.

Levantamiento de los aldeanos de Hesse en 1809, cuadro de T. Matthei.–Perdidos sus dominios que por virtud de la paz de Tilsitt fueron agregados al reino de Westfalia, vivía retirado en Praga el elector Federico Guillermo I cuando sus leales súbditos, capitaneados por el juez de paz de la aldea de Frielendorf y por el padre de éste, sacerdote de Homberg, se levantaron en armas para reconquistar el trono para su soberano y la independencia para su territorio. El coronel Dornberg tenía á su cargo atraer al movimiento al ejército de Kassel, pero un descuido de los jefes que debían secundarlo fué causa de que se descubriera la sublevación que fué prontamente sofocada por el rey intruso, el sabio y bondadoso Jerónimo Bonaparte. En efecto, llegados los sublevados á las cercanías de Kassel encontráronse frente á frente de las tropas westfalias que contra ellos habían sido enviadas: trabóse el combate, y apenas empezó á funcionar la artillería los leales hessenses hubieron de emprender precipitada fuga, en la que muchos fueron hechos prisioneros. Una escena de este levantamiento de los campesinos hessenses es la que reproduce el cuadro de Matthei, hermosa composición en la que está admirablemente sintetizado por un grupo de patriotas pintados con vigor y sentimiento el carácter de aquella corta lucha emprendida con escasos elementos de fuerza, pero con un patriotismo digno de mejor suerte.

Estudio, escultura de D. Baldomero Cabré.–Forma parte Baldomero Cabré de esa pléyade de jóvenes escultores que, verdaderos representantes de la nueva generación de artistas, constituyen una grata esperanza para el arte patrio. Con el resultado de los esfuerzos de aquellos que, como Samsó, Suñol y los hermanos Vallmitjana, iniciaron el renacimiento de la escultura en nuestra región, y las producciones de los que fueron sus discípulos, han podido recoger la savia artística y sujetarse á los precedentes marcados. De ahí que aquellos que poseen cualidades para el cultivo del gran arte, cual acontece á Cabré, puedan dar tempranos frutos de su genialidad. Discípulo de la Academia de Bellas Artes de Barcelona, ha podido recoger enseñanzas de aquellos á quienes consideramos como indiscutibles maestros, demostrando las recompensas, premios y pensiones alcanzadas su laboriosidad y especialísimas aptitudes.

La estatua que reproducimos, á la que modestamente titula *Estudio*, lo es ciertamente; puesto que revela serlo fidelísimo del natural. La producción de Cabré no debe considerarse como la obra de un aprovechado discípulo, puesto que es, indiscutiblemente, la de un verdadero artista.



—¡Papá, qué miedo hemos tenido!

CADENAS

NOVELA ITALIANA ESCRITA POR CORDELIA. — ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

I

Estamos en una quinta deliciosa, situada en un otero junto al lago de Como, entre Argegno y Tremezzina. Por detrás tiene un bosquecillo de abetos; por delante la prestan grata sombra muchas y variadas plantas exóticas que forman como un valladar y le comunican un aspecto novelesco y misterioso; la casita blanca con sus persianas verdes y sus ventanas de estilo morisco parece adecuada á aquellas plantas; cerca de la entrada un estanque; á los lados frondosos cuadros de flores: un verdadero nido que excita el deseo de pasar la vida y morir tranquilamente en él.

Por dentro esta quinta es tan hermosa y agradable como por fuera; no tiene ese lujo que deslumbra y preocupa, mas por doquiera hay blandas alfombras, mullidos sillones, ricos tapices, flores, objetos de arte diseminados por todas las habitaciones; en una palabra, ese buen gusto y esa profusión de comodidades que nos deja satisfechos y contentos, hace que tomemos cariño á los sitios y á los objetos que nos rodean y produce en nosotros ese bienestar que se siente en un medio ambiente armonioso y cómodo.

Penetremos en una estancia situada en un ángulo de la casa, que es por cierto de las más preciosas de ella. Es un gabinete de estudio espacioso y sumamente claro. Ocupa toda la pared fronteriza á las ventanas que dan al lago una biblioteca de madera negra con grandes vidrieras, á través de las cuales se ven colocados en perfecto orden abultados volúmenes encuadernados en pergamino á la antigua usanza, así como muchos tomos con encuadernación moderna, llenos de adornos y dorados; en el ángulo más apartado hay una columnita de ébano y en ella un busto de mujer, soberbiamente esculpido en mármol de Carrara; delante un diván forrado de terciopelo azul, una mesita negra, y revueltos en ella libros y periódicos ilustrados. En las paredes cuadritos al óleo y pequeñas ménsulas con estatuitas, y por último en el ángulo más iluminado, el que se halla entre las dos ventanas que dan al lago, una mesa de escribir de madera también negra, puesta casi en una hornacina. En esta mesa papeles, un tintero de bronce, dos retratos de fotografía, uno de mujer y el otro de niña, dos bustos de bronce, los de Schiller y Goethe, y un jarro de flores; finalmente, una carta abierta, en cuyo encabezamiento se lee: «Señor barón Federico Sterne.»

Sentado á este escritorio y con los pies descansando en una piel de tigre hay un hombre de unos cuarenta años, alto, delgado, de patillas rubias, tez rubicunda y llevando gafas de armadura de oro. Tiene la vista fija hacia el lago, en el sitio donde el sol próximo á su ocaso matiza los montes con una variedad de tintas que en pocos minutos pasan del sonrosado al azul, del morado al color de fuego, ofreciendo un espectáculo verdaderamente magnífico; pero aquel hombre no lo ve: inmóvil y melancólico, parece sumido en graves pensamientos, y sin embargo, no piensa en nada determinado, deja vagar su mente sin una idea fija; quizás sueña en la patria lejana ó en un amigo perdido, ó fantasea sobre la última página que ha escrito ó en la carta que acaba de recibir y que ha dejado en el escritorio.

Un leve rumor le saca de aquella abstracción, vuelve la cabeza para mirar hacia la puerta, y una niña de 9 años, esbelta y flexible como una caña, de blanca tez, cabellos blondos y ojos azules, constituyendo un tipo de esos que los poetas califican de ideal, entra precipitadamente en la estancia, jadeante, con las mejillas teñidas de un leve color de rosa, y se refugia en brazos del caballero, exclamando:

—¡Papá, papá, qué miedo hemos tenido!

Detrás de la niña ha entrado una mujer alta, joven, hermosa, á la cual podría tomarse por su madre, si su tipo no fuese tan distinto que claramente se echa de ver que pertenece, no sólo á otra familia, sino á diferente país. Sus ojos son negros, grandes, profundos; su cabellera negrísima, su color pálido, pero con esa palidez lánguida que hace tan interesantes á las bellas andaluzas; hija de una española y de un italiano, ha reunido en sí la armonía de las formas y el marcado vigor de los tintes propios de los países meridionales.

A pesar de haber entrado en la casa como institutriz, todos la llaman *la señora*.

Había seguido á la niña y hecho lo posible por detenerla; pero aquélla, ágil y ligera como un corzo, en un momento había subido la escalinata que iba á parar á la puerta de la quinta y se había echado en los brazos de su padre cual atemorizada avecilla.

Este dirigió una mirada interrogadora á la señora.

—No ha sido nada, le dijo ésta; pero no pudo seguir por faltarle el aliento á causa de la rápida carrera que había dado, y por lo cual hacía señas á la niña de que se callara.

Pero ésta ó no vió las señas ó no las comprendió, lo cierto fué que dijo:

—Papá, nos ha seguido un hombre por todo el camino, y hemos echado á correr hasta que ya no podíamos respirar: ¡nos ha dado un miedo!... pero ahora ya ha pasado.

Y al decir esto exhaló un hondo suspiro.

—Quizás sea un malhechor, dijo el Sr. Federico.

—No, papá; iba vestido como tú; parecía un caballero.

—Estaría loco, dijo la señora con voz temblorosa; pero ahora ya ha pasado y es mejor no pensar en ello.

El Sr. Federico la miró, y luego dijo como hablando consigo:

—El loco soy yo, que entregado siempre á mis libros, á mi ciencia, pretendo mejorar la sociedad y entretanto descuido las cosas que me son más queridas y dejo salir solas á dos mujeres á esta hora, al anochecer, por el campo. ¡Ea! Ahora necesitáis tranquilidad para recobraros del susto. No tengas cuidado, Sofía, dijo á la niña dándole un beso, que ya cuidaré yo de que no vuelva á suceder otra cosa parecida.

Volviéndose en seguida á la señora, añadió:

—Vaya usted también á descansar un poco, pero cuando Sofía esté acostada haga usted el favor de bajar al salón, pues la tengo que hablar.

La señora y la niña subieron al piso alto donde tenían sus cuartos; del rostro de la segunda se había disipado ya toda nube, pero el de la primera estaba más grave y preocupado que antes.

Cuando estuvo en su cuarto, dijo á Sofía:

—Anda, querida, ve á jugar; esta noche no daremos nuestra acostumbrada lección; estoy muy cansada y necesito reposo.

Y Sofía, contentísima con aquella huelga inesperada, corrió á coger su muñeca y se la llevó á la camarera para que la hiciese un vestido nuevo. Con la ligereza propia de su edad, ya no se acordaba del hombre que tanto la había asustado durante su paseo, y cifró todos sus pensamientos en la muñeca, á la que quería como una hija.

Elvira, que así se llamaba la señora, estaba, por el contrario, verdaderamente angustiada; echó el abrigo y el sombrero sobre la cama, sentóse en una butaca y apoyó la cabeza en las manos.

Su cuarto caía precisamente encima del gabinete de estudio del barón; donde éste tenía su librería ella tenía su lecho, y sobre el escritorio del barón se hallaba su mesa de costura y un sillón, el sillón en que se sentó tan luego como se quedó sola.

Un tropel de pensamientos chocaban, se aglomeraban y se confundían en su cabeza, hasta el punto de parecerle que iba á perder el juicio; á veces creía que estaba en el deber de marcharse para siempre de aquella casa tan querida para ella, casa á la cual tenía tanto apego como si fuese suya; de alejarse de aquel bellísimo lago en cuya contemplación se recreaba continuamente. En aquel instante la vida tranquila y sosegada que hacía tres años disfrutaba se le aparecía como un sueño halagador que debía desaparecer de un momento á otro.

¿Qué iría á decirle el barón? Le había rogado que bajara con un aire tan solemne que sin duda se proponía decirle cosas muy graves, y había momentos en que estaba impaciente por que el tiempo pasara para salir de aquella incertidumbre, y otros hubiera preferido que las horas no transcurriesen para no tener que encontrarse frente á frente con el barón, que debía hablarle de cosas serias.

En tanto el sol se ocultaba, las montañas se iban convirtiendo en masas negras y el lago se ponía obs-

curo, tenebroso; todos los objetos perdían su color propio y solamente se veía alguna que otra luz brillando entre aquellos montes como luciérnagas en los campos.

La camarera entró y preguntó á la señora si quería luz.

– No, gracias, fué la única respuesta que obtuvo en pago de su solicitud.

– Amenaza borrasca, dijo la camarera al reunirse con los demás criados.

– ¿Cómo, si está estrellado el cielo?, le contestaron.

– No me refiero á lo que sucede fuera, sino aquí dentro, en casa. La señorita Sofía, en lugar de estudiar está en mi cuarto jugando con la muñeca; el amo ha mandado que á cualquiera que venga se le diga que esta noche no recibe; la señora está sola y á obscuras y no quiere que le encienda la lámpara; os digo que la atmósfera está cargada. Con tal que después no lo paguemos nosotros... yo me lavo las manos, y allá se las avengan.

– Con tal que no lo pague la institutriz, dijo un criado; porque esa es de las buenas, cuida mucho á la señorita y jamás se mete en lo que hacemos. Yo he estado en casas donde había institutrices bachilleras, vanidosas, exigentes, peores que los amos; pero la señora Elvira es toda una señora, todos lo dicen, y si se marchase, Dios sabe cómo andaría la casa; á mí no me gusta lo nuevo.

– Ni á mí, añadió la camarera; mientras todo siga así, vamos bien; pero si hubiese cambios y no me conviniesen, por la puerta se va á la calle.

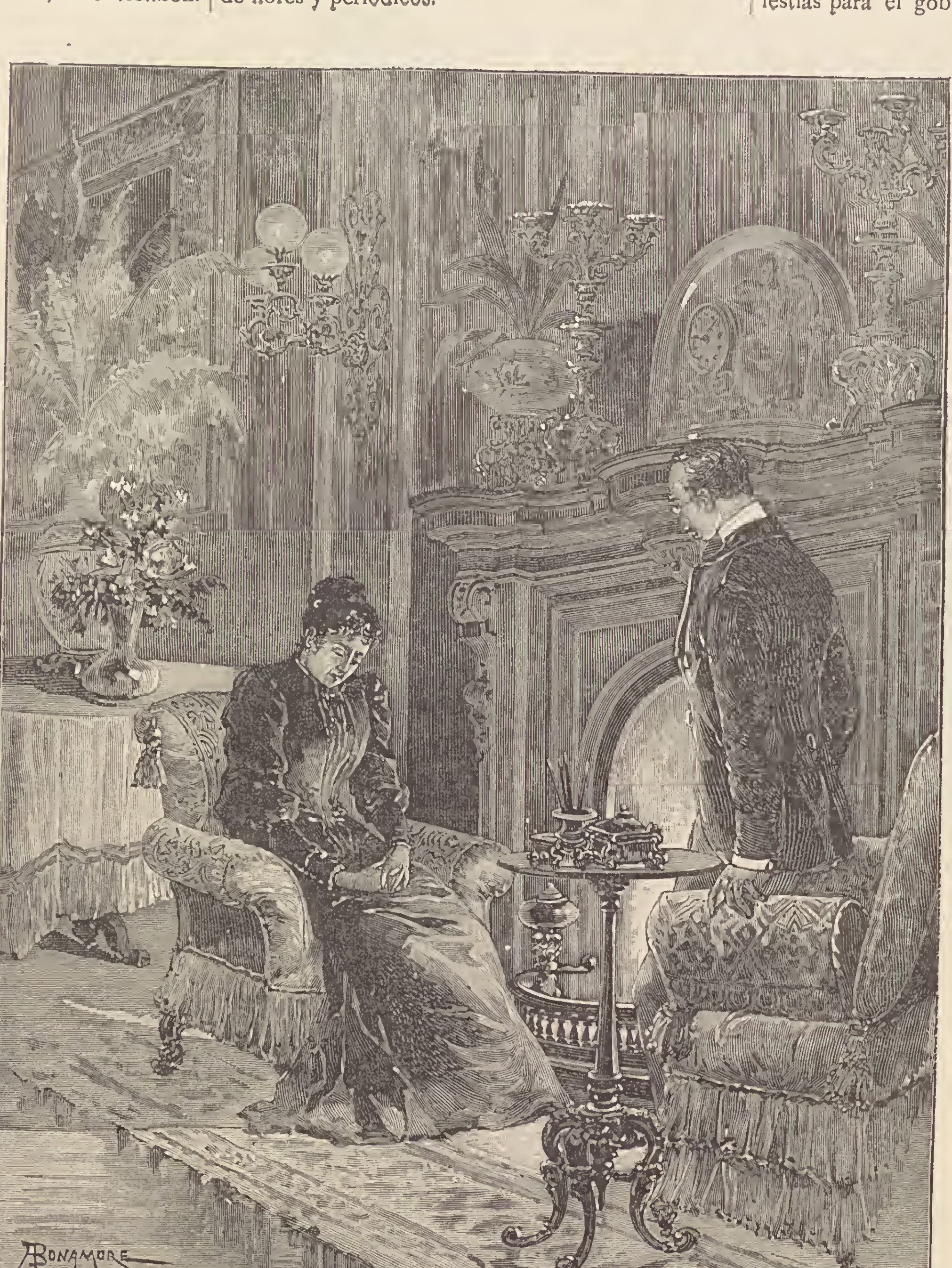
La señora Elvira, cosa rara en una institutriz, se hacía querer de los criados, aun cuando á ruegos del barón había tomado la dirección de la casa; pero era una de esas mujeres que inspiran respeto y á las que se sirve con gusto; sus modales, su modo de obrar, sus palabras eran las de una persona de verdadera superioridad, y todos en la casa reconocieron y aceptaron desde luego su autoridad como la cosa más natural del mundo. Y eso que era muy exigente para el servicio de la casa; pero no quería nada para sí, no reprendía sin razón; era justa y siempre que podía hacía favores, auxiliaba á las personas que tenía á sus órdenes y jamás les negaba sus consejos; indulgente respecto de las pequeñas faltas, procuraba ocultarlas, pero se mostraba inexorable con los culpables y malvados. Asumía todas las incomodidades domésticas, y jamás molestaba al barón con chismes y cuentos de mujerzuelas, por lo cual éste se congratulaba siempre de tener en su casa una mujer como ella, que lo hacía marchar todo con el más perfecto orden, y seguro de contar con quien cuidara admirablemente de su casa y de su hija, podía entregarse en absoluto á sus estudios predilectos.

Hacía ya más de una hora que Elvira estaba sentada en su butaca con la cabeza oculta entre las manos, y tenía su imaginación tan cansada que ya no pensaba en nada; en la habitación inmediata oía á Sofía que charlaba con su muñeca, y en la de debajo al barón que se paseaba con paso mesurado é igual por su gabinete como si no pudiese encontrar reposo; á veces oía que estos pasos se detenían delante de la ventana, levantaba la cabeza y veía proyectarse una negra sombra en el jardín desde el vano de la ventana iluminada.

– Si yo estoy febril, él no parece más tranquilo que yo, pensaba Elvira: ¿qué tendrá que decirme? Cuando Sofía se haya acostado, cobraré ánimo y bajaré; de todos modos, lo mejor es salir de esta incertidumbre.

A los pocos minutos entró la niña á darle las buenas noches, y la joven se levantó resuelta, cogió una labor de ganchito, como pretexto para hacer algo, y bajó á la sala de conversación que estaba contigua al gabinete de estudio del barón.

Era una sala muy bien alumbrada por una lámpara pendiente del techo; los divanes, las butacas, los veladores estaban diseminados en un desorden algo estudiado, pero agradable á la vista; en las paredes había cuadros al óleo que representaban las mejores vistas del lago, y en los veladores jarrones de flores y periódicos.



El barón se levantó de pronto como si hubiera estallado una bomba...

Cuando Elvira entró, el barón estaba sentado junto á un velador, y leía, mejor dicho, fingía leer un periódico; la joven se acercó de puntillas á sentarse en una butaca cerca de la chimenea, en la que ardía un alegre fuego: cualquiera hubiera dicho que le urgía terminar una labor de importancia, porque en seguida se puso á trabajar sin decir una palabra.

Al poco rato el barón dejó el periódico en el velador, se acercó á la chimenea y se sentó enfrente de Elvira.

– Elvira, le dijo, ya sabe usted que no gusto de inútiles circunloquios y que voy derecho al asunto. Lo ocurrido esta tarde me ha abierto los ojos y persuadido de que es usted demasiado joven y hermosa para dejar de necesitar una persona que la proteja, que la defienda y que tenga el derecho de hacerlo.

El barón había pronunciado estas palabras lentamente y casi recalcándolas.

Elvira sintió el fuego del rubor en el rostro, y con voz temblorosa contestó:

– Era un loco.

– Convengo en que se lo haya hecho usted creer á Sofía; pero á mí no; no soy un niño, y además esa agitación la vende á usted.

– Es verdad, sí; ese encuentro me ha agitado hoy; pero, por favor, señor barón, no hablemos más de ello.

– Al contrario, ya que estamos solos esta noche, deseo terminar lo que tengo que decir á usted. Seré breve; tenga usted un poco de paciencia. Sabe usted que salí de Alemania y de mi ciudad natal, acompañado de mi hija, con la salud muy quebrantada y con el espíritu todavía más á consecuencia de muchos disgustos. En este sitio he recobrado la calma y esta atmósfera templada me ha devuelto la vida; gracias á los cuidados de usted he visto casi renacer á mi hija, y habiéndose tomado usted toda clase de molestias para el gobierno de mi casa, he podido dedicarme tranquilamente á mis estudios, abandonados hacía mucho tiempo. Yo le debo á usted mucho; es usted más que una madre para mi Sofía, ha sido usted la Providencia para mí, y sin embargo, estoy inquieto; me parece que de un momento á otro puede ocurrir cualquier cosa que la separe á usted de mí, y esto no debe suceder; lo sentiría en el alma, porque me he acostumbrado de tal modo á verla á usted todos los días, la aprecio tanto, que desearía ver á usted unida á mi familia por otros vínculos más estrechos que los de simple institutriz; en una palabra, ruego á usted que acceda á casarse conmigo; los dos somos libres, nos conocemos bastante y somos dueños de nuestras acciones; no me niegue usted esta petición, ó al menos piénselo usted y déjeme con un poco de esperanza.

Durante este discurso Elvira había cambiado muchas veces de color, y estaba tan agitada que había tenido que dejar la labor sobre el velador y puéstose á atizar el fuego con las tenazas; unas veces quiso interrumpir al barón; otras sus palabras le producían el efecto de una música suave, y hubiera deseado que continuase sin parar nunca.

Cuando hubo terminado, le miró con los ojos llenos de lágrimas, y le dijo:

– Gracias; es usted sobrado generoso; esas palabras me han hecho mucho bien porque veo que me aprecia usted, y me hacen mucho mal porque me causan un gran remordimiento por no haber tenido en usted entera confianza, por haber mentido á un hombre de corazón tan noble como el de usted. Necesito referirle toda la historia de mi vida; después, quizá salga de esta casa, y acaso no volverá usted á oir hablar de mí.

– No, no; prefiero que no me diga usted nada, si lo que tiene usted que decirme es tan terrible; continuemos siendo lo que hemos sido hasta ahora, dos buenos amigos; pero conteste usted á lo que le he preguntado; sólo le pido un sí ó un no.

– Es imposible, debo decírselo á usted todo; el solo hecho de dar oídos á su proposición me parece un delito, porque el hombre que me ha seguido esta tarde, ese hombre,... y se calló, como si le apretasen la garganta con unas tenazas.

– Pero ¿quién es?, preguntó el barón ya impaciente.

– Ese hombre, repuso Elvira con voz ahogada, es mi marido.

Al oir esto, el barón se levantó de pronto como si una bomba hubiera estallado en la sala, y miró sorprendido á Elvira, con la mirada del que no ha comprendido bien.

– Suplico á usted que me escuche: debo decírselo todo, y luego júzgueme, añadió la joven. Confieso que he hecho mal en engañar á usted tanto tiempo. Cuando mi buena amiga, la condesa de la Somasca, me recomendó á usted, le dijo que yo estaba sola en el mundo con una hija; usted creyó que yo era viuda, y yo le dejé en el error; he hecho mal, ahora lo conozco; debí decir á usted sencillamente que estaba separada de mi marido; pero confiaba en no saber

más de él y pasar el resto de mi vida, ya que no feliz, al menos tranquila.

Pronunció estas palabras temblorosa y con las facciones alteradas, y estaba tan pálida que daba compasión.

El barón tuvo lástima de ella, y acercándose le dijo:

–¡Pobre mujer! Debe usted ser muy infeliz. Cuéntemelo usted todo, quizás pueda serle útil; de todos modos creo que le haga á usted bien el confiar sus penas á un amigo.

–Gracias, mil gracias por la bondad que me demuestra usted al escucharme; hablaré con el corazón en la mano como si hablase á un confesor, por más que me cueste mucho el evocar dolorosos recuerdos.

El barón volvió á sentarse y le dijo:

–Estoy pronto á escucharla; pero sosiéguese usted, coordine sus ideas; en tretanto leeré.

Cogió un periódico, mas aunque quería parecer tranquilo, no lo consiguió; á cada momento levantaba la cabeza y dirigía una mirada á aquella mujer que tenía la cabeza entre las manos como una culpable; luego cogía las tenazas y avivaba el fuego; estaba nervioso é inquieto como no lo había estado hacía mucho tiempo.

II

Siguiéronse algunos minutos de silencio, solamente interrumpido por el tic tac del reloj que había en la chimenea.

Por último Elvira levantó la cabeza, despejóse la frente de los cabellos que sobre ella habían caído, y dijo:

–Sí, será mejor hablar, decírselo á usted todo; luego me sentiré más aliviada, como si se me quitara un grave peso del corazón.

–Pues hable usted, contestó el barón dejando su lectura.

Elvira se llevó la mano á la frente como para concentrar sus ideas, miró el fuego cual si buscase en él una inspiración, y dió principio á su relato.

–«No he conocido á mi madre, que murió al darme á luz; mi padre, el general del Colle, de quien sin duda habrá usted oído hablar...»

–Sí, era un hombre íntegro y valiente á quien quise mucho, dijo el barón interrumpiendo á la joven.

–«Pues bien: mi padre, el general del Colle, no pudiendo llevarme consigo en sus frecuentes viajes, me confió siendo muy niña á una anciana pariente, y luego me puso en un colegio. Poco tengo que decir de mi vida en él, pues fué poco más ó menos la de todas las niñas que se hallan en mi caso; todos los días hacía lo mismo, se pasaba de una cosa á otra con tan mecánica regularidad que á veces se me hacía enojosa; pero no estaba á disgusto; sin embargo, recuerdo que todo el año pensaba en el mes de vacaciones que solía pasar en el campo con mi padre. Era una temporada deliciosa; él, tan severo con sus soldados, se mostraba dulce y cariñoso conmigo y satisfacía todos mis deseos, y yo aprendía más en aquel mes, en compañía de mi padre, que en todo el resto del año; él me enseñaba á tener ánimo y firmeza, á ir por el camino del honor y de la virtud, me contaba las vicisitudes de su vida y me hablaba de mi madre; lo cierto es que aquel mes se me pasaba como un relámpago; que salía de entre las paredes del colegio alegre como un pajarillo y volvía á él con los ojos llenos de lágrimas: en una palabra, puedo decir que pasaba una parte del año recordando hasta los incidentes más insignificantes ocurridos durante mi mes de vacaciones, y la otra parte saboreando mentalmente los que me esperaban pocos meses después.

»Un día, que jamás olvidaré aunque viviese cien años, la directora me mandó llamar á su despacho; yo, que no tenía nada de qué acusarme, acudí corriendo y alegre, con la presteza de mis quince años.



Lo que me extrañó fué el modo como me abrazó...

»La directora tenía el aspecto serio, solemne; pero como jamás la veía risueña, no hice caso; lo que me extrañó fué el modo como me abrazó y el beso que me dió en la mejilla, porque su carácter no era muy expansivo y creo que en todos aquellos años ni una sola vez me besó; tan insólitas caricias hicieron que me palpitara con fuerza el corazón, pero no dije nada. Ella fué la primera en romper el silencio.

–»Hija mía, me dijo, has de tener valor y debes estar preparada á todo; en este mundo no vivimos más que para padecer y Dios pone á prueba á los que ama.

»Yo no entendía una palabra y la miraba con los ojos muy abiertos.

–»He de darte una mala noticia, añadió.

–»¿Está enfermo mi papá? Quiero verlo, quiero marchar en seguida, dije creyendo deducir algo malo de sus insólitas demostraciones de afecto y de sus reticencias.

–»Es inútil, me contestó; tu padre no está ya en la tierra; está allí, y señaló el cielo.

–»¡Ha muerto!, exclamé. No, no es verdad; es imposible; me habría llamado al conocer que iba á morir.

–»No ha tenido tiempo; apenas ha podido mandarte algunos de sus objetos más queridos y su última voluntad.

»Y al decir esto, me entregó una cajita y una carta.

»Yo estaba inmóvil; creí que perdía el juicio, no entendía nada y ni siquiera podía llorar.

–»Vamos, ten buen ánimo, dijo la directora: con esa carita y el dinero que te ha dejado tu padre, no has quedado tan mal.

»No puede usted figurarse cuál fué mi indignación al oir esto. Cuando más necesidad tenía de alguien que llorase conmigo, aquellas palabras penetraron en mi corazón como un agudo puñal.

»Necesitaba estar sola, ó al menos apartada de una persona tan indiferente como la directora, para leer la carta en que mi padre había escrito su última voluntad y abrir la cajita que contenía los únicos recuerdos que de él me quedaban.

»Cogí la carta y la caja y me fuí á mi cuarto, adonde entró á poco rato la única amiga que yo tenía en el colegio, la Bice, que hoy es condesa de la Somasca y á quien usted conoce tanto. Sabía ya la triste noticia y corrió á abrazarme con los ojos llenos de lágrimas. Al ver á aquella niña de sensible corazón llorando por mí, me conmoví de tal modo, que al fin pude romper en deshecho llanto, el cual me hizo mucho bien; desde aquel momento fuimos tan amigas como no es fácil encontrar otras dos en este mundo; aquellas lágrimas sellaron nuestra amistad. Cuando me tranquilicé un poco, leí la carta de mi padre, la cual me la había enviado un amigo que le ofreció cumplir sus últimas disposiciones.

»Decíame en ella que deseaba que permaneciese un año más en el colegio y que luego fuese á vivir algún tiempo con la familia de un pariente lejano á quien yo no conocía y al que había nombrado tutor mío; me aconsejaba que viviese con él hasta encontrar una buena colocación; añadía que me convenía casarme, porque una huérfana no puede encontrarse bien sino bajo el amparo de un marido; que sentía en extremo no vivir hasta verme bien casada, pero que tenía confianza en mi buen juicio y en la ayuda de mis parientes.

»En la caja me enviaba los objetos de su mayor predilección, encargándome que los conservase en memoria suya: eran sus armas, sus condecoraciones y algunas alhajas que habían pertenecido á mi madre.

»El año que pasé en el colegio después de su muerte fué muy triste; mis únicos consuelos eran contemplar los recuerdos que me había enviado y el cariño de la Bice, la única persona á quien quería en la tierra. La idea de ir á vivir con personas á quienes no conocía me aterraba mucho más, y de buen grado hubiera permanecido toda la vida en el colegio; pero mi padre había dispuesto lo contrario y por nada en el mundo dejaría yo de cumplir su última voluntad.

»La familia de mi pariente se componía de marido, mujer y tres hijas; dos de éstas tenían mi edad, poco más ó menos, y la otra era más pequeña. Mi tutor no era hombre malo, pero carecía de carácter y se dejaba dominar por completo por su esposa, mujer frívola y vana; las dos hijas mayores eran seres insignificantes, ni bonitas ni feas, y se resentían de la educación dada por una madre como la suya y por un padre sin energía; con quien me avine mejor fué con la pequeña.

(Continuará)

SECCION CIENTIFICA

EL COLOSO DE RAMSÉS II EN BEDRESHEIN

Ramsés II Sesostris, después que hubo reconstruído las partes del gran templo de Pthah en Menfis que bordeaban el lago sagrado por los lados Oeste y Sur, hizo erigir delante de las puertas algunos colosos destinados á perpetuar su memoria y los rasgos de su fisonomía en el recuerdo de todos los que «vinieran después de él á la tierra, sacerdotes, magos y escribas,» y que quisieran elevar á los dioses una plegaria á su intención. Los sacristanes encargados de conducir á los profanos y los dragomanes que enseñaban á los extranjeros las maravillas de Egipto no dejaban, en efecto, de llamar sobre estas estatuas la atención de las personas á quienes acompañaban, y aprovechaban la ocasión para referir alguna fábula divertida por el estilo de las que Herodoto recogió y nos transmitió como si fueran historia.

Darío I quiso un día hacer levantar su estatua cerca de la de Ramsés, pero el gran sacerdote se opuso á ello diciéndole: «Sesostris venció á todas las naciones que os obedecen y además á los escitas, á quienes vos no habéis causado graves daños; no hay, pues, razón alguna para que vuestro monumento sea colocado al lado del de un Faraón á quien no habéis superado ni siquiera igualado.» Cuando Menfis perdió su esplendor y se hizo cristiana, desvanecióse la fama de los colosos; cuando pereció y su templo fué destruído piedra á piedra para servir á la construcción del Cairo, la mayoría de los colosos fueron derribados y convertidos en piedras de molino ó pasaron á los hornos de cal. Uno de ellos, sin embargo, derribado de su pedestal y tendido de cara al suelo se cubrió de escombros, feliz casualidad que le evitó ser objeto de la destrucción general. Descubierto por M. Caviglia á principios de este siglo, tuvo la buena suerte de gustar á los viajeros y á ello debió el escapar á la manía de destrucción de que están poseídos los felahs.

Todos los europeos que han visitado Egipto han admirado el coloso que estaba tendido al borde de un sendero, debajo de las palmeras de Bedreshein, en el fondo de un foso famoso (fig. 1). Cuando ocurrían las inundaciones periódicas del Nilo, el agua cubría la granja durante algunas semanas, retirándose luego poco á poco y dejando al descubierto primero el hombro y la pierna, luego el busto y el rostro, hasta que al fin el coloso aparecía en seco en su hoyo. Su Faraón estaba representado de pie y en actitud de andar con los brazos pegados á las caderas: el cartucho grabado en la hebilla del cinturón contiene el nombre de Ramsés II. El nitro ha corroído todo un lado de la cara y del cuerpo, pero lo que resta basta para demostrar la excelencia de la obra. El perfil es el de Ramsés joven, frente estrecha, nariz aguileña, boca algo ancha y expresión altanera. La base de la estatua se encuentra á cierta distancia, y más hacia el Sur, en pleno bosque, un coloso más pequeño, restos de muros y fragmentos de estatuas indican el emplazamiento de antiguas cámaras. El bosque de palmeras que cubre las ruinas dificulta las excavaciones é impide que se pueda levantar el plano de aquéllas. El edificio ó grupo de edificios á los que servía de adorno el coloso de que nos ocupamos, levantábase á lo largo de la orilla meridional del lago donde en los días canónicos celebrábanse los misterios solemnes de Phtah y de los dioses de Menfis. Mas á pesar de los siglos transcurridos, no han logrado los aluviones llenar por completo el lago: una depresión bastante grande del terreno indica el sitio por el mismo ocupado y las tierras que en parte lo cubren están dedicadas al cultivo de cereales, en vez de estar plantadas de árboles: es como un lebrillo cuadrado cuyos bordes están en dirección de alto á bajo respecto de los inmediatos terrenos que á su alrededor se extienden; la inundación lo llena y en parte devuelve á aquellos lugares su aspecto primitivo. El lago se dibuja en el suelo como en otro tiempo, pero el cuadro de pilones y pórticos que lo rodeaba ha desaparecido, habiendo sido reemplazado por los grupos de grandes árboles á la sombra de los cuales álzase la aldea de Tell el Khanzir.



Fig. 1. El coloso de Ramsés II derribado, en Bedreshein, Egipto (de una fotografía)

De cinco años á esta parte el aspecto de aquellos sitios se ha modificado sensiblemente. Parece que Mohamed-Alí había en otro tiempo regalado la estatua de Ramsés II á Inglaterra: este hecho, empero, no está muy probado, y cuando menos para admitir la certeza del mismo se necesitaría una autoridad más seria que la de uno ó de varios *Guías del viajero en Egipto*. De todas suertes, los ingleses no se han aprovechado de esta tradición dudosa para apoderarse del coloso, habiéndose limitado á levantarlo, cosa que no lograron desde el primer momento. En efecto, dos tentativas hechas por MM. Garwood y Anderson fracasaron lamentablemente. El general Stephenson, que durante mucho tiempo estuvo al frente del ejército de ocupación, fué más afortunado: en un principio acarició el proyecto de colocar la estatua de pie; pero como la suscripción que á este fin abrió no produjo lo bastante, hubo de contentarse con levantarla hasta más arriba del nivel de la inundación. Las operaciones, dirigidas por el mayor de ingenieros, Arturo Bagnold, comenzaron en 20 de enero de 1877 (1): después de haber agotado el agua que todavía llenaba la cavidad hubo que aplicar al coloso ocho gatos de distinta fuerza y procedió al levantamiento del mismo. El esfuerzo se dirigía alternativamente sobre los pies y sobre la cabeza, y cuando la masa total había sido alzada 60 centímetros se colocaban debajo de la misma enormes vigas (fig. 2), y se rellenaba el hueco con casquijo recogido en las ruinas de la antigua ciudad, reducido á pequeños fragmentos y apisonados de modo que formase un lecho compacto. El día 16 de abril del citado año quedó concluído el trabajo, y hoy el coloso se encuentra provisionalmente fuera del alcance de las aguas, descansando sobre la espalda y con la cara hacia arriba: un sobradillo resguarda su cabeza y una espesa pared de ladrillos le rodea y le protege contra las miradas de los curiosos. Su guardián habita al lado de él en una casita con dos habitaciones, en donde el mayor Bagnold le instaló, y no lo enseña á los viajeros sino mediante el pago de dos piastras egipcias, costando unos cincuenta céntimos verlo en el fondo del embudo en donde está hundido; el guardián emplea una buena parte de las cantidades recaudadas en mantenerlo en buen estado. Otro coloso de granito de Ramsés II y una estela de Apries que se encontraban cerca de allí fueron transportados al lado del otro coloso y completan este pequeño museo al aire libre.

(1) La relación de estos trabajos ha sido publicada por el mayor Arturo Bagnold con tres dibujos de Mr. Wallis y algunos croquis, *Account of the manner in wich two colossal statues of Rameses II at Memphis were raised* en los *Proceedings of the Society of Biblical Archaeology*, tomo X, pág. 452.

Los árabes lo denominan *Abú l' Hol*, el padre del espanto, como al gran esfinge. Ignoro lo que acerca de él piensan hoy que está guardado bajo llave, pero cuando estaba al aire libre les inspiraba verdadero miedo. Los antiguos egipcios creían que las estatuas, humanas y divinas, estaban animadas por un espíritu, por un *doble* desprendido del alma del personaje que representaban: este *doble*, que comía, bebía, hablaba en caso de necesidad y pronunciaba oráculos, ha sobrevivido á la religión y á la civilización del antiguo pueblo, pero los cambios que á su alrededor han ocurrido parece que le han agriado el carácter, pues le gusta dar algunos disgustos á los que se le acercan, á quienes vuelve locos y á veces mata. Los escritores árabes conocen mil historias de gentes á quienes costó cara la imprudencia de aproximarse á un monumento y al espíritu que lo guarda: el medio de hacer impotente á ese *afrite* es romper la estatua, si no entera, por lo menos el rostro de la misma; por esta razón hay tantos Faraones con las narices rotas ó los semblantes estropeados hasta el punto de no parecer figuras humanas. El espíritu de Ramsés II se paseaba en el bosque de palmeras durante la noche, y no era prudente aventurarse en sus dominios después de la hora del crepúsculo, así es que cada vez que yo tenía necesidad de pasar por allí al ponerse el sol, mi burrero murmuraba oraciones y arreaba á su asno. Una noche en que le pregunté si tenía miedo de algún *afrite* me suplicó que me callara, asegurándome que era malo hablar de estas cosas y que me sucedería alguna desgracia si seguía la conversación comenzada, y en efecto, mi asno tropezó en medio del bosque y me arrojó contra un tronco de palmera con tal fuerza, que si el burrero no me hubiese aguantado y contenido el golpe, hubiera sido fácil que me hubiese roto la cabeza. Desde entonces, cuando se hablaba del peligro que entrañaba el hablar con poco respeto del espíritu que vivía dentro de la estatua, se citaba siempre lo que me había acontecido.

Todo el Egipto está lleno de análogas supersticiones, derivadas las más de ellas de las antiguas creencias transmitidas de generación en generación desde el tiempo de los Faraones constructores de pirámides.



Fig. 2. El coloso desenterrado

G. MASPERO,
del Instituto

(De *La Nature*)

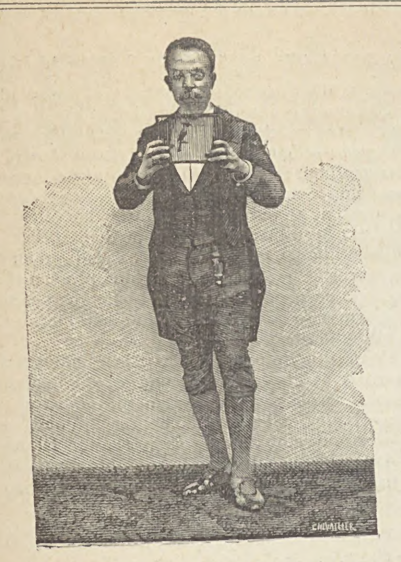


Fig. 1. Prestidigitador presentando la jaula

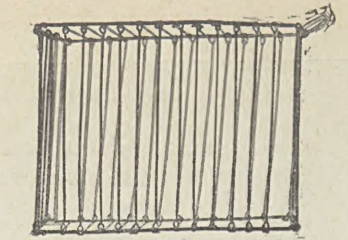


Fig. 2. Jaula articulada de alambre de latón

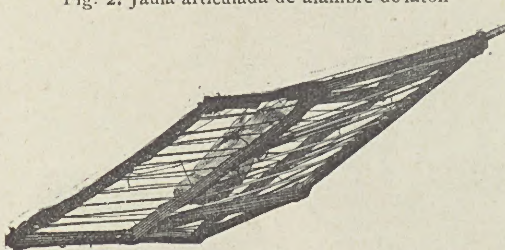


Fig. 3. Aspecto de la jaula en el momento en que el prestidigitador la introduce en su manga

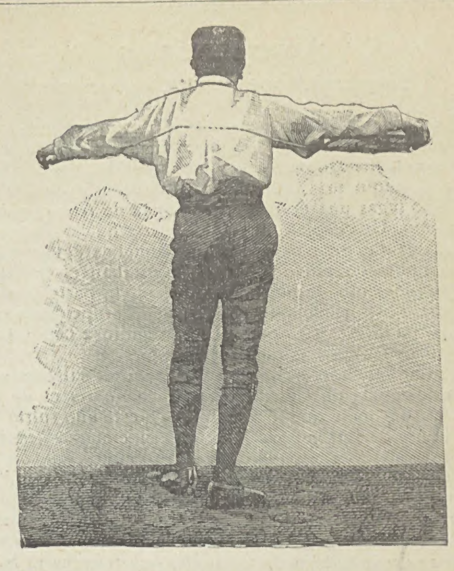


Fig. 4. Demostración del escamoteo de la jaula

ESCAMOTEO DE UNA JAULA Y DE UN PÁJARO

Se enseña á los espectadores una jaulita conteniendo un pájaro vivo y se les dice que se va á escamotear. En efecto, á la voz de *una, dos, tres*, la jaula y el pájaro desaparecen con tal rapidez que la vista más perspicaz no puede notar la desaparición.

Para hacer este juego de manos, el prestidigitador se ata una cuerda al brazo izquierdo: se la hace subir por la manga del frac ó levita, se pasa en seguida por la espalda entre la levita y el chaleco y se la baja por la manga hasta la mano derecha Para calcular su longitud se apoyan los codos contra el cuerpo (á la altura de la cintura), y estirando la cuerda hasta el extremo de la mano derecha, se la hace en la punta una lazada al nivel del borde de esta manga. A esta lazada se adapta el gancho que hay en uno de los ángulos de la jaula. Esta, hecha enteramente de alambre de latón y parecida á una jaula ordinaria, es sumamente flexible y se dobla sobre sí misma aplanándose por completo.

Si se alargan de pronto los brazos hacia delante el desarrollo producido por el cambio de posición de los brazos hará entrar bruscamente la jaula, que se doblará por sí misma, en la manga derecha. Queda entendido que se mete un pájaro vivo en esta jaula, cuyos ángulos se habrán guarnecido de una tela flexible, para disimular los empalmes de los alambres de latón. Si la jaula está bien construída el pájaro no corre riesgo alguno. El prestigitador Dickson, autor de este juego, asegura que lo ha hecho centenares de veces con el mismo pájaro.

NOTICIAS VARIAS

DESTRUCCIÓN DE LA ISLA DE SANGUIR

Hace poco tiempo ha ocurrido en Oceanía un cataclismo espantoso. En la isla de Sanguir, situada entre Mindanao, que como nadie ignora, es la más meridional de las Filipinas y el punto más septentrional de la isla de Célebes, ha tenido lugar una erupción del volcán de Abu el 7 de junio último. Una copiosa lluvia de cenizas ha caído sobre un vapor holandés que navegaba por aquellas aguas y compactas nubes de polvo negruzco ocultaban el horizonte. Cuando el viento despejó la atmósfera, la parte Noroeste de la isla Sanguir había desaparecido; la erupción de cuyos estragos pudo escapar aquel vapor, sepultó 2.000 habitantes, y todas las cosechas se han perdido.

La atmósfera estaba saturada de vapores sulfurosos; las costas de la isla de Célebes sembradas de restos de toda clase. Es de notar que á principios de este año sufrió bastante la isla de Luzón á causa de las erupciones volcánicas, y que la Malasia es la región de los terremotos.

La isla de Sanguir ó Sangi está situada á los 3° 43' lat. N. y 129°, long. E. de Madrid. Tenía 35 kilómetros de largo por 13 de ancho; su principal población, llamada Tarum, ofrece buenos fondeaderos. El interior, muy fértil, está atravesado por una cadena de montañas que termina al N. en un elevado volcán. Esta isla había sido ya asolada en 1856 por un terremoto.

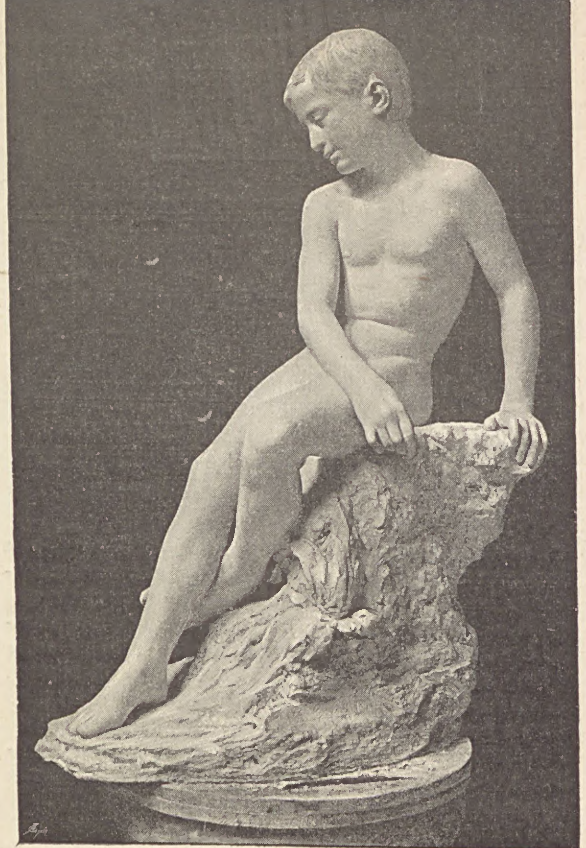
La Malasia ha sido con frecuencia teatro de espantosos cataclismos plutónicos; en 1772 desaparecieron 40 pueblos de la isla de Java; en 1815 perecieron 12.000 personas en Sumbava, y en 1883 la erupción de Krakatoa (isla situada entre Sumatra y Java) sepultó muchas islas, destruyó gran parte de la costa de Bantam en Java y fué causa de la muerte de 40.000 personas.

* * *

LÍMITES ENTRE COLOMBIA Y VENEZUELA

Cuando en 1831 Colombia y Venezuela, que antes formaban parte de la misma confederación, se separaron, los territorios situados en el ángulo formado por la confluencia del Meta y del Orinoco fueron reclamados por los dos Estados como dependientes en tiempo del coloniaje español, ya del virreinato de Bogotá (teoría de Colombia), ó ya de la capitanía general de Caracas (teoría de Venezuela); mientras se arreglaba el litigio, Venezuela continuó ocupando el territorio disputado. El 14 de septiembre de 1881 fué designado como árbitro el rey de España Alfonso XII, el cual nombró en 19 de noviembre de 1883 una comisión con el encargo de examinar los derechos de ambas partes: después de la prematura muerte de dicho monarca, se decidió (15 de febrero de 1886) que su sucesor continuaría ejerciendo las funciones de árbitro. El 16 de marzo de 1891 se dió la sentencia arbitral concediendo la razón á Colombia, y este año se ha puesto en ejecución. La nueva frontera sigue el curso del Orinoco más allá de la confluencia del Meta hasta el Atabapo y luego la corriente de este río; en seguida pasa á la población de Guzmán Blanco y sigue la corriente del río Negro hasta la frontera brasileña. Colombia obtiene también el territorio comprendido entre Aranca y el Meta y en la costa la región situada al Norte de la punta Peret. De todo el territorio en litigio, Venezuela sólo conserva el país comprendido entre el Atabapo, el Orinoco, el Casiquiare y el Negro.

* * *



ESTUDIO, escultura de D. Baldomero Cabré

LA PESCA DEL BACALAO EN LAS ISLAS LOFFODEN

La pesca del bacalao, una de las más importantes de Noruega, ha durado desde el 16 de enero hasta el 19 de abril. Durante este período se han pescado 21 millones de bacalos, de los cuales se han salado 18.900.000 y secado los restantes. La cantidad de aceite que de los hígados se ha extraído ha ascendido á 22.700 hectolitros. Sesenta y una fábricas de aceite, de ellas 46 en tierra firme y 15 flotantes, han producido 18.200 hectolitros de aceite medicinal. Para utilizarlas como abono de las tierras se han apartado 16.800.000 cabezas de peces. El valor total de estos productos ha llegado á 6.700 000 coronas (cada corona vale una peseta 39 céntimos) Además se ha consumido en el sitio mismo de la pesca un millón de bacalaos.

La escuadrilla de pesca de las islas Loffoden se componía de 7.281 barcos tripulados por 30.378 hombres.

Si en una sola región y en un solo año son estas cifras tan importantes, calcúlese á cuantos millones ascenderán los bacalaos que anualmente se pescan en Islandia, Terranova, Escocia y sus islas, las Feroe y otros puntos, así como lo asombroso de la fecundidad de esa utilísima especie de pez.

* * *

FABRICACIÓN DE LAS MÁQUINAS DE COSER

No hay que remontarse muy atrás en la historia de la industria moderna para ver aparecer en ella las primeras máquinas de coser; y sin embargo, esta fabricación ha adquirido hoy un desarrollo verdaderameate extraordinario Para dar una idea de ella, citaremos una cifra relativa á la fabricación diaria de un taller especial de esta clase, instalado en Elisabeth, Nueva Jersey, Estados Unidos; este taller entrega diariamente á la venta 1.500 máquinas enteramente terminadas, lo que equivale á decir que se construyen dos máquinas y media por minuto, siendo diez las horas de trabajo. Suponiendo que se trabaje trescientos días al año, resultará que esta fábrica produce 450 000 máquinas de coser, siendo de advertir que la compañía á la cual pertenece posee otros muchos establecimientos.

* * *

INFLUENCIA DE LA LUZ EN LAS HOJAS

La influencia de la luz ó de la obscuridad en la estructura de las hojas es muy perceptible; así es que en un mismo árbol se advierten diferencias apreciables entre las hojas de la periferia expuestas á la luz, y las del interior de la masa foliácea, sometida, por el contrario, á una obscuridad relativa. De igual modo, las hojas de una misma especie de planta cultivada á la sombra ó al sol presentan diferencias muy marcadas. Sufre asimismo cierta modificación la función fisiológica de las hojas que reciben luz directa ó no. La clorofila no descompone el ácido carbónico con la misma actividad en las unas que en las otras: las hojas sometidas á la influencia directa de la luz ejercen una acción más intensa.

Imp. de Montaner y Simón